

Almagro
y el
Descubrimiento de Chile

————— Por —————
Sergio Villalobos R.

INTRODUCCION

MEDINA Y LA RENOVACION DE LA HISTORIOGRAFIA CHILENA

A mediados del siglo XIX, surgió en Chile un grupo de historiadores que iba a elevar el estudio de nuestro pasado, hasta entonces mal conocido a través de unas cuantas crónicas, a una altura muy superior a la alcanzada por otras actividades del intelecto. Desde ese momento se inició en nuestro país una brillante tradición historiográfica que con razón puede enorgullecernos.

Los nombres más representativos de aquella primera generación son los de Amunátegui, Barros Arana y Vicuña Mackenna, historiadores que trazaron con extraordinaria precisión las líneas fundamentales de la historia nacional. Reuniendo con acuciosidad, en archivos nacionales y extranjeros, especialmente españoles, un material básico de crónicas y documentos, y sometiéndolo a crítica severa y exhaustiva, lograron reconstituir los hechos con tal fidelidad que, desde entonces hasta hoy, han resistido muchos años de nuevas investigaciones y críticas.

Pero una herencia sentimental dió a sus obras un tono que hoy nos parece desfavorable. Un sentimiento de odio a lo español, que les producía una tendencia inconsciente a aceptar todo lo que fuera un reproche para la Madre Patria, dió a sus obras un carácter de censura para el régimen colonial.

Los enconos producidos por la guerra de la independencia, especialmente por la reconquista con sus persecuciones y crueldades, fueron transmitidos por las víctimas de aquellos hechos a sus hijos, de tal modo que el sentimiento antiespañol perduraría durante gran parte del siglo pasado, reavivado muchas veces por la propia España con sus descabellados inten-

tos de recuperar sus dominios o de intervenir en ellos. Es el caso de sus maquinaciones contra México y sus atropellos con el Perú, que indujeron a Chile, en 1865, a hacer causa común con este último país en un rasgo de espontánea solidaridad. La exaltación lírica de nuestra nación ante la declaración de guerra a España y ante el bombardeo de Valparaíso por la flotilla española, es muestra clara de que los recuerdos de la lucha emancipadora aún subsistían. Se creía vivir los días azarosos de 1814 o 1818.

El establecimiento de relaciones con España en 1844, había sido un mero acto diplomático, ajeno al sentimiento nacional.

El recuerdo de la sangre derramada en Rancagua, Chacabuco y Maipo, encandiló a nuestros primeros historiadores, quienes sólo percibieron las faltas y mezquindades del régimen colonial, ignorando lo mucho que había en él de bueno y constructivo.

El transcurso del tiempo y la sucesión de varias generaciones, fueron morigerando poco a poco el sentimiento antiespañol, a tal punto que a principios de este siglo ya se había adormecido por completo. Este fenómeno coincidió con el aparecimiento en el campo de la historiografía chilena del más prolijo investigador que haya habido en América. Nos referimos a don José Toribio Medina.

El papel que corresponde a Medina dentro de la historiografía chilena es el de haber arrojado un verdadero torrente documental que ha permitido completar el cuadro trazado por los historiadores del siglo pasado, rellenando los intersticios y retocando los detalles.*

El material documental que Medina logró reunir en América y Europa durante sus seis viajes de estudio, está contenido principalmente en los trescientos setenta y ocho volúmenes de manuscritos que se conservan en la Sala Medina de la Biblioteca Nacional, y en los treinta tomos impresos de la "Colección de documentos inéditos para la historia de Chile".

Los papeles guardados en la Sala Medina alcanzan un total de diez mil novecientos cuarenta y un documentos. Se refieren a los gobiernos coloniales, incluso los de Osorio y Marcó del Pont, y otras materias, como Cartas de los obispos, Cartas de los virreyes, Expediciones marítimas, Reales cédulas, Instrucción Pública, etc.

En la "Colección de documentos inéditos para la historia de Chile", publicó Medina mil cincuenta y un documentos que se refieren a las expediciones marítimas de Magallanes, Jofré de Loayza, Alcazaba, Mendoza y Camargo (tres tomos); Almagro y sus compañeros (cuatro tomos); Valdivia y sus compañeros (doce tomos); Proceso de Pedro de Villagra (tres tomos); e Informaciones de servicios (cinco tomos).

Siempre dentro del aporte documental de Medina, debemos mencionar la lujosa edición de las cartas de Valdivia, hecha en España; la publicación de numerosos documentos sobre Ercilla, que pudo dar a luz en su edición de "La Araucana" después de infinitos sinsabores; y, por último, la publicación de las actas del Cabildo de Santiago colonial, que forman veintitrés tomos de la "Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional".

Además del aporte ya descrito, Medina se preocupó de dar a luz las

obras de los cronistas que permanecían manuscritas y muchas veces ignoradas. Entre este tipo de obras, las principales son: "Memorias del reino de Chile y de don Francisco Meneses", por fray Juan de Jesús María. "Las guerras de Chile. Poema histórico por el sargento mayor, don Juan de Mendoza Monteagudo". "Relación diaria del viaje de Jacobo Le Maire y de Guillermo Cornelio Schouten". "Histórica relación del reino de Chile por el jesuíta Alonso Ovalle". "Historia geográfica, natural y civil del reino de Chile, por el jesuíta Felipe Gómez de Vidaurre". "Desengaño y reparo de la guerra de Chile, por Alonso González de Nájera". "Historia de Chile, por don José Pérez García". "Compendio de la historia de Chile, por don Juan Ignacio Molina". "Historia de Chile, por el padre Miguel de Olivares", etc.

Sólo nos queda por agregar algunas obras elaboradas por el propio Medina, para completar el bosquejo de su labor en pro de la historiografía chilena. Las principales son: "Diccionario biográfico colonial de Chile", escrito para completar la historia general de Chile sin el propósito de escribirla bajo el aspecto biográfico. "Historia de la literatura colonial", tres tomos. "Historia de la Real Universidad de San Felipe". La literatura femenina en Chile", bibliografía completa de lo que han escrito las mujeres chilenas desde la colonia hasta los mismos días en que el autor se documentaba para esta obra. "Los aborígenes de Chile". "Biblioteca hispano-chilena", obra en que describe todos los libros, folletos y papeles publicados en Europa o América por chilenos o españoles que alguna función ejercieron en Chile, traten o no de asuntos nacionales. "Bibliografía de Carrera". Bibliografía de la imprenta en Santiago de Chile". "El tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile", dos tomos, etc. Los dos últimos títulos forman parte del monumental conjunto de obras sobre la imprenta y la inquisición en América, obras, sin lugar a dudas, las más importantes de Medina.

Con el inmenso material aportado por don José Toribio Medina, fué posible iniciar a principios de este siglo, la complementación de nuestra historia colonial; complementación que iba a llegar simultáneamente con la justificación de España en su labor colonizadora, coincidiendo así nuestra historiografía con la tendencia general de la relacionada con los países hispánicos.

Uno de los primeros historiadores que, haciéndose cargo de la documentación arrojada por Medina, comenzó a renovar la historia de Chile, fué Monseñor Crescente Errázuriz que se preocupó especialmente de la conquista y de los primeros años de la colonia. Le sigue don Domingo Amunátegui Solar con una labor un tanto dispersa, pero de positivo valor. A continuación debemos mencionar a don Tomás Thayer Ojeda, cuya obra relativa a la formación de nuestra nacionalidad no tiene comparación posible en América. Luego vienen los nombres de don Guillermo Feliú Cruz y don Ricardo Donoso, discípulos del gran investigador que mantienen vivo el espíritu de renovación. Por último, hay que anotar el nombre de don Francisco Antonio Encina, para cuya obra de conjunto ha sido indispensable el material aportado por Medina y las obras de los historiadores antes mencionados, basadas en dicho material.

Como vemos, el campo abierto por Medina ha sido de gran fecundidad, y aún está muy lejos de agotarse. El impulso por él dado a los estudios históricos ha permitido continuar nuestra tradición historiográfica que constituye un ejemplo para los países hermanos.

Los nombres de Medina, Barros Arana, Vicuña Mackenna y Amunátegui, señalan un camino que hay que continuar.

*
* *
*

Al realizar el presente trabajo, hemos tenido en vista dos objetivos principales: valorar el caudal de noticias allegado por nuestro máximo investigador a un período de la historia nacional, y avanzar en la investigación referente a ese período, el descubrimiento, valiéndonos de los documentos publicados por Medina en la "Colección de documentos inéditos para la historia de Chile" y de otros aparecidos en colecciones más recientes. Por estas razones nos hemos detenido especialmente en los puntos que ofrecen novedades, pasando rápidamente por los sucesos conocidos desde antiguo y que sólo hay que repetir.

Con el objeto de apreciar debidamente el aporte de Medina, hemos puesto a prueba los testimonios de los cronistas, dando mayor importancia a los documentos y procurando en todo momento extraer de ellos nuestras conclusiones.

Además de los documentos de Medina relativos a Almagro y sus compañeros, que comprenden cuatro fundamentales tomos, hemos consultado los dos volúmenes de "Documentos para la historia de Arequipa" del padre mercedario Víctor Barriga y los dos tomos de "The Harkness Collection". Esto, fuera de los cronistas que con alguna detención o especialmente trataron del descubrimiento de Chile. Es el caso de Cristóbal de Molina, Góngora Marmolejo, Mariño de Lobera, Antonio de Herrera, Fernández de Oviedo, López de Gómara, Agustín de Zárate, Pedro Pizarro, Inca Garcilaso de la Vega, Fernández del Pulgar, Antonio Vázquez de Espinosa y Alonso Borregán.

Las obras de los dos últimos cronistas son por primera vez utilizadas en la historia del descubrimiento de Chile.

La obra de Vázquez de Espinosa, titulada "Compendio y descripción de las Indias Occidentales", fué publicada, traducida al inglés en 1942, y en su idioma original en 1948, por "The Smithsonian Institution".

El autor fué un carmelita descalzo que recorrió América de México al Perú y que también estuvo en Chile, si hemos de dar crédito a su afirmación de "haber gastado por allá lo mejor de mi vida".

Si bien la crónica tiene algún valor para la historia de la conquista y la colonia, para la expedición de Almagro tiene muy poco. El capítulo respectivo no es más que un resumen deficiente y brevísimo de la crónica de Antonio de Herrera. Explican estos inconvenientes el carácter descriptivo geográfico de la obra y el hecho de que el autor visitara Chile hacia 1617 o 1619, más de ochenta años después del descubrimiento.

La obra de Alonso Borregán, "Crónica de la conquista del Perú", aunque mucho más humilde en intenciones, resulta de mayor interés para el período que estudiamos¹. Descubierta por el investigador y político peruano don Rafael Loredo, fué publicada íntegra en Sevilla el año 1948 bajo los auspicios de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos.

El autor fué un soldado modesto que habría pasado totalmente desapercibido de no haber escrito su crónica. No figura para nada en las otras relaciones de la conquista y la única vez que aparece su nombre es con motivo de fundir en el Cuzco en 1538, según anota el señor Loredo. Debió llegar al Perú hacia 1534. Su actitud durante la conquista no fué de las más arriesgadas y, más tarde, cuando las facciones y luchas envolvieron a los conquistadores, anduvo siempre quitando el bulto a los encuentros armados.

La cultura de Borregán debió ser bastante escasa; así lo demuestra su escrito, conjunto de episodios y pormenores expuestos sin plan equilibrado. Su redacción es caótica. Las frases, enredadas de por sí, llegan a hacerse incoherentes por la deficiencia de la puntuación; no recordamos haber visto más de una coma y una docena de puntos, sin contar los finales que generalmente separan párrafos larguísimo. La extraordinaria curiosidad de la ortografía entorpece aún más la lectura.

El valor histórico de la "Crónica de la conquista del Perú" es el que corresponde a una fuente de primera mano. La parte relativa al descubrimiento de Chile, si bien no aporta informaciones nuevas de importancia, confirma muchas de las que ya teníamos a través de otras fuentes.

El autor no participó en la expedición de Almagro; pero indudablemente tuvo trato con "los de Chile" y obtuvo de ellos noticias valiosas que dan a su obra gran veracidad. Positivamente sabemos que en Yupiay, Perú, era vecino de Vasco de Guevara, uno de los más activos capitanes que participaron en la expedición a Chile, que debió comunicarle muchos episodios de esta empresa.

Resulta de mayor valor histórico la "Crónica de la conquista del Perú" al comprobarse que no hay copia de ninguna de las crónicas que ya habían visto la luz hacia 1565, año en que parece que Borregán dió por concluído su trabajo y lo entregó a las autoridades reales. Tampoco las crónicas aparecidas más tarde se aprovecharon de ella: Fernández de Oviedo había muerto ocho años antes de que fuese escrita y Antonio de Herrera en su "Historia general de los hechos de los castellanos", siguiendo a Cristóbal de Molina, se aparta mucho en los detalles para creer que pudo consultarla. De modo que resulta una crónica totalmente independiente de las demás, escrita según lo que el autor vió y oyó decir a los soldados que se habían movido por el escenario de la conquista.

Las obras modernas que hemos revisado, no con el propósito de seguir las, sino de ver hasta qué punto pueden rectificarse, son: "Historia de la conquista del Perú" de Prescott, "Diego de Almagro" de Vicuña Mackenna, "Descubrimiento y conquista de Chile" de Amunátegui, "Historia

¹ En revista "Clio" de septiembre de 1953, publicamos un estudio más completo sobre esta crónica.

general de Chile" de Barros Arana e "Historia de Chile" de Encina. Estas obras serán mencionadas, en particular o en conjunto, en las notas que colocamos para dilucidar problemas oscuros.

Si hubiéramos de pronunciarnos acerca del valor de las obras del siglo pasado sobre el descubrimiento de Chile, tendríamos forzosamente que reconocer sus muchos méritos. La única objeción de gravedad que podríamos hacerles es la de su tono de constante reproche contra el elemento conquistador, tono que imprimió al cuadro de la conquista un carácter sombrío. Los demás errores, sobre los hechos mismos, son errores de detalle que no llegan a torcer la columna vertebral del hecho histórico que quedó establecida con solidez maravillosa. Y aún en los detalles alcanzaron una proximidad extraordinaria.

Admira, muchas veces, encontrar deducciones exactas que fueron obtenidas a fuer de comparar noticias vagas y datos ínfimos, y que hoy, con nuevos materiales, pueden ser confirmadas plenamente. Tal por ejemplo, el caso del itinerario hecho por la expedición de Almagro, que fué reconstituido fielmente por Barros Arana fijando fechas que no figuraban en ningún documento o crónica. Hoy día, con dos o tres documentos nuevos en la mano, que fijan con precisión algunas fechas, lo único que resta al investigador es confirmar, admirado, la cronología que con tanta certeza estableció el autor de la "Historia general".

El hecho que dejamos narrado es representativo de la erudición, seriedad y paciencia con que los historiadores del siglo pasado trabajaron en sus investigaciones.

La última obra aparecida que trata del descubrimiento es la "Historia de Chile" de don Francisco Antonio Encina. Elaborado el capítulo correspondiente con el mismo material de que dispusieron los investigadores del siglo pasado, más los cuatro tomos de documentos sobre Almagro y sus compañeros publicados por Medina, difiere de las obras antiguas en la interpretación de la conquista que aparece tratada con luz más favorable.

Pero si en este aspecto la obra del señor Encina resulta meritoria, no sucede lo mismo en cuanto a la investigación que, sin llegar a ser deficiente, resulta ligera, como si un soplo de urgencia hubiese impulsado la lectura de los documentos.

A pesar de que el autor declara haber "exprimido" las colecciones documentales, es indudable que a fuerza de agujinearlas pueden dar aún más. Salta a la vista que el señor Encina no laboró su obra con la minuciosidad y exactitud a que nos tenían acostumbrados un Amunátegui o un Barros Arana, y que, naturalmente, cayó en algunos errores —que iremos anotando en nuestro trabajo— debido al descuido que la embriaguez de un plan grandioso produce.

Anotamos esta crítica sin contar las enmiendas que pueden hacerse a sólo trece años de su publicación, con nuevas crónicas y documentos allegados en ese lapso. Hacemos hincapié en este hecho por cuanto el señor Encina ha seguido ignorando la existencia de ese nuevo material, cuando pudo aprovecharlo en las últimas ediciones del tomo primero de su obra.

Las prensas arrojaron, con rutina de máquina, una segunda edición en 1947 y una tercera en 1949, ambas iguales a la primera.

Decíamos en páginas anteriores que uno de los objetivos de nuestro trabajo era avanzar en la investigación referente al descubrimiento de Chile. Explotando con avaricia las fuentes conocidas desde el siglo pasado y las nuevas, hemos logrado, si no variar las líneas fundamentales de aquel hecho histórico, por lo menos rellenarlo con nuevos datos, rectificar los erróneos y aclarar viejas dudas. No eran mayores nuestras ambiciones, pues sabíamos que la estructura general estaba ya trazada.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Capítulo I

ANTECEDENTES

Una vez dominado el imperio de los Incas, después de la captura de Atahualpa y reparto de sus tesoros, Pizarro y Almagro, igual que todos los conquistadores que sometían un territorio, enviaron un representante a España para que presentase al rey la parte que había correspondido a la corona en el botín, le informase del estado de la conquista y le solicitase diversas mercedes.

Entre otras solicitudes, Pizarro pedía que se prolongase al sur su gobernación que en una longitud de doscientas leguas se extendía abarcando la parte sur de Ecuador y norte y centro del Perú. A su vez, Almagro pedía que se le señalase una gobernación propia para ir a conquistarla.

Accediendo a estos pedidos y a los de otros dos caballeros merodeadores de la corte, el Emperador Carlos V dividió, el 21 de mayo de 1534, el territorio meridional de Sud-América en cuatro gobernaciones paralelas de este a oeste.

La primera gobernación, principiando por el norte, era Nueva Castilla confiada a Pizarro. Comprendía los territorios de su primitiva gobernación más una adición de setenta leguas, que la prolongaba hasta las inmediaciones del Cuzco.

La segunda gobernación, Nueva Toledo, otorgada a Almagro, comenzaba a continuación de la anterior y se extendía hacia el sur en doscientas leguas, o sea, más o menos hasta el actual pueblo de Taltal.

A continuación seguía la gobernación de don Pedro de Mendoza, que abarcaba el territorio comprendido entre las actuales provincias de Ataca-

ma y Arauco, y la de Simón de Alcazaba, que debía comprender hasta poco más al sur del Golfo de Penas. Todas estas gobernaciones llegaban hasta el Atlántico o hasta la línea que dividía las posesiones españolas de las portuguesas, que corría, "grosso modo", entre la desembocadura del Río de la Plata y la del Amazonas.

Para hacer estas divisiones no se había tomado en cuenta la geografía de los nuevos territorios, que era ignorada. Era una solución de gabinete basada en elementos geométricos, por lo tanto, reñida con la realidad.

"La larga y angosta faja de terreno —anota Barros Arana— que después pasó a constituir la capitanía general y más tarde la república de Chile, destinada por su estructura física a formar una sola provincia o un solo estado, quedaba así fraccionada en tres porciones, cada una de las cuales pasaba a ser parte de otras tantas gobernaciones. Según las concesiones del Emperador, Chile debía ser conquistado y poseído al norte por Almagro, al centro por Mendoza y al sur por Alcazaba".

Lo único que interesa a nuestro asunto son las dificultades aparecidas a raíz de la ubicación del límite entre las gobernaciones de Pizarro y Almagro, por cuanto los agraciados con las otras dos gobernaciones fracasaron y murieron al poco tiempo.

Al llegar al Perú la noticia de las nuevas concesiones hechas por Carlos V, Almagro, aconsejado por sus compañeros y creyendo de buena fe que el Cuzco caía dentro de los límites de su gobernación de Nueva Toledo, se posesionó de él, después de algunos incidentes con los hermanos de Pizarro que se negaban a entregarle la ciudad. Duras recriminaciones enfriaron aún más la ya dudosa amistad del Adelantado y Pizarro, que estuvieron a punto de irse a las armas; pero finalmente recapacitaron y llegaron a un acuerdo que formalizaron solemnemente el 12 de junio de 1535.

Almagro, que desde hacía varios años deseaba señalarse conquistando un territorio propio, y que después de haber tenido noticia de que se le había otorgado la gobernación de Nueva Toledo, se había hecho el firme propósito de pasar a conquistarla, no vaciló en ratificar con Pizarro, la "amistad e compañía" que tenían hecha desde Panamá, en virtud de la cual ahora se comprometía a dividir con su socio las ganancias que obtuviere en la conquista que iba a emprender, de igual modo que Pizarro dividiría con él las ganancias de su gobernación.¹ La ciudad del Cuzco quedaría por el mo-

¹ Tanto Barros Arana en su "Historia General", como Amunátegui en su "Descubrimiento y Conquista de Chile", dicen que Pizarro, a propósito de la reconciliación con Almagro, trató de disuadirlo para que expedicionara a Chile. Amunátegui, especialmente, pinta con bastante colorido las "diestras y empeñosas excitaciones de Pizarro" tendientes a convencer al Adelantado; pero todo esto es falso según se desprende de nuevos documentos que atestiguan que Almagro ya estaba decidido a pasar a la conquista de su gobernación.

Medina en sus "Documentos Inéditos", to-

mo IV, publica una real cédula de 1532, tres años antes de la reconciliación, en la cual consta que Almagro solicitó de la corte que se le permitiese pasar a descubrir de Chíncha adelante. Otro documento, una probanza, también publicada por Medina, tomo VI, pág. 64, nos atestigua que Almagro y don Pedro de Alvarado después de arreglar los inconvenientes producidos por el último al pasar intempestivamente de Nicaragua al Perú, "fueron grandes amigos e hicieron compañía de toda la tierra que estaba por descubrir adelante del Cuzco". Esto sucedía antes de que Almagro supiera que se le ha-

mento, mientras Almagro expedicionaba a Chile y llegaban las reales cédulas originales, bajo la autoridad del marqués Pizarro.

Los propósitos de conquista de Almagro se vieron favorecidos por la gran cantidad de soldados llegados al Perú después del reparto del tesoro de Atahualpa y que aún no habían logrado riquezas. Muchos habían llegado bajo las órdenes de don Pedro de Alvarado, gobernador de Guatemala, que al tener conocimiento de las riquezas del imperio incásico había pasado a él con una bien equipada expedición.¹ Otros habían venido desde Panamá por su propia cuenta.

Según el cronista Oviedo, estos soldados "tan perdidos e necesitados de todo proveimiento", importunaban todos los días al Adelantado para que emprendiese la conquista de Chile, región que los indios, con toda malicia para alejar a los españoles, señalaban como muy rica en oro.

No necesitaba de más el emprendedor Almagro para iniciar la nueva campaña cuyo proyecto le daba vueltas en la cabeza desde hacía tiempo.

Cuando Almagro comenzó los preparativos, eran muy vagas las noticias que se tenían de Chile, o mejor dicho, de las regiones que se extendían al sur, a pesar de que algunas expediciones habían rondado por estos lugares.

El primero que había visto territorio chileno había sido Hernando de Magallanes que entró al estrecho que lleva su nombre el primero de noviembre de 1520. Esta expedición, que iba en busca del Maluco, permaneció durante veintisiete días en el estrecho haciendo reconocimientos y desembarcos hasta que salió al Pacífico el 27 de noviembre.

La flotilla tomó inmediatamente rumbo al norte y después de dos días, al pasar cerca de los cuarenta y ocho grados de latitud sur, los castellanos pudieron observar dos pedazos de tierra "parecidos a mogotes"; seguramente algunas de las tantas islas cercanas al Golfo de Penas.

La expedición siguió al norte sin avistar tierra, pasó entre las islas de Juan Fernández y la costa chilena, cambió después rumbo al noroeste y pasó cerca de las islas de San Félix; pero sin verlas. A partir de aquella zona, Magallanes se fué apartando cada vez más del continente para internarse en el inmenso océano que lo llevó hasta el Asia, la codiciada región de las especias.

La segunda expedición que tocó en nuestras costas fué la del Comendador García Jofré de Loayza, que tenía como objetivo la ocupación de las

bía otorgado la gobernación de Nueva Toledo, por lo tanto, antes también de sus disgustos con Pizarro. Lo de la "compañía" resulta dudoso; pero de todos modos el documento revela los propósitos de Almagro.

Finalmente, existe una carta de Almagro de fecha 13 de mayo de 1535, un mes antes de la reconciliación, en que declara categóricamente que va a partir a descubrir hacia el sur. Esta carta ha sido publicada por el padre Víctor Barriga en el segundo tomo de sus "Documentos para la historia de Arequipa". Una copia impresa de este mismo documento hemos encontrado en el tomo 267 de

los manuscritos de Medina bajo el número 7.612. Figura allí como "Traslado de un capítulo que hizo al Marqués don Francisco Pizarro el Adelantado don Diego de Almagro".

¹ El adelantado don Pedro de Alvarado que con aires de conquistador había desembarcado en la gobernación de Pizarro, llegó a un acuerdo con éste y Almagro, mediante el cual les entregó sus tropas y algunos barcos por cien mil pesos. Después de recibir el pago regresó a su gobernación de Guatemala.

islas Molucas visitadas por la expedición de Magallanes. La escuadra penetró en enero de 1526 al estrecho y permaneció en él, luchando contra enormes dificultades, hasta mayo de ese año, mes en que avistaron el Pacífico. Cuando aún estaban muy cerca de la boca oriental del estrecho, una de las naves, arrebatada por los vientos, fué llevada hasta el extremo de Tierra del Fuego, lo que les pareció ser el "acabamiento de tierra".

Ya en el Pacífico, la flotilla se dispersó y las naves siguieron rumbos diferentes. Varias llegaron a las Molucas y hubo una que arribó a la costa mexicana, desde donde se esparcieron fantásticas narraciones lanzadas por la tripulación que dió lengua abundante a la imaginación.

Con los pobrísimos informes que dieron las dos expediciones anteriores, y los comentarios tendenciosos de los indios, no podían Almagro y sus soldados tener ideas claras sobre Chile. Debía representárseles como una región muy rica en oro a la que se llegaba después de cruzar altísimas montañas, y en cuyo extremo sur se encontraba el estrecho que permitía a las naves el paso hacia las Molucas.

El Estrecho de Magallanes era y seguiría siendo por mucho tiempo una meta codiciada por los conquistadores. El interés que ponía el rey en su ocupación, debido a ser éste el único paso conocido para llegar por el occidente al Asia, impulsaba a los castellanos para llegar hasta él y controlarlo. Con esto se conseguiría, además del agrado real, fama y poder.

Siempre se señala a don Diego de Almagro como el Descubridor de Chile, como el primer europeo que vió nuestro territorio; pero es falso, ya que hubo cuatro expediciones marítimas y un soldado solitario que visitaron Chile antes que él. La primera de aquellas expediciones fué la de Magallanes y la segunda la de Loayza, según se vió.

El tercer europeo llegado a Chile fué Gonzalo Calvo Barrientos, como se dirá más adelante, se encontraba en el valle de Aconcagua viviendo con los indios cuando llegó Almagro. Calvo debió llegar en la segunda mitad de 1534 o a principios de 1535, pues debemos considerar la enorme distancia que tuvo que recorrer y el hecho de que se hallara en Jauja en octubre de 1533, según consta en cuatro cartas de poder publicadas en "The Harkness Collection", la última de las cuales está fechada el 27 de dicho mes.

El cuarto blanco que vió nuestro territorio fué Simón de Alcazaba, agraciado con una de las cuatro gobernaciones otorgadas por Carlos V en 1534. Este conquistador, que entró con dos barcos al estrecho de Magallanes el 17 de enero de 1535, se limitó a reconocer las costas más cercanas al Atlántico. No intentó llegar al Pacífico, pues las dificultades de la navegación y la tristeza del paisaje austral, lo determinaron a volver a la costa atlántica de su gobernación de Nueva León, donde luego habría de ser asesinado alevemente por algunos soldados amotinados.

El quinto europeo que llegó a nuestro país fué Diego García de Alfaro, piloto que enviaron Pizarro y Almagro en 1535 para que reconociese las costas chilenas. Este marino debió reconocer solamente el extremo norte; es difícil que pasara mucho más al sur de Arica, a pesar de que declaró haber recorrido más de quinientas leguas.

Con lo anotado no pretendemos rebajar el mérito de Almagro, sino tan sólo aclarar un punto algo engañoso. A don Diego de Almagro corresponde con toda justicia la gloria de ser nuestro descubridor, pues él vino especialmente en busca de Chile, tierra en la que su ambición esperó fundar una colonia. Los que le precedieron miraron a Chile como un punto más en su itinerario a otras regiones o llegaron a él arrastrados por la mala ventura.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Capítulo II

DON DIEGO DE ALMAGRO

La vida de don Diego de Almagro, especialmente en sus primeros años, tiene tal sabor de leyenda, que su relato más podrá parecer producto de una imaginación romántica que resultado de testimonios consignados en tiosos documentos.

Es la historia del muchacho-miserable que un día huye de su aldea, se pierde entre abigarradas multitudes de aventureros y logra, finalmente, por su valor y esfuerzo, conquistar la fama, la riqueza y la gloria.

Nació don Diego, igual que el "Ingenioso hidalgo", en un lugar de la Mancha, la aldea de Almagro de la cual tomó su apellido. Hacía pocos años aquella región había sido teatro de sucesos que habían conmovido y exaltado a los vecinos al punto de volverse contra las autoridades de la Orden de Calatrava, a la cual estaban encomendadas varias aldeas, incluso la de Almagro.¹ A los infortunios sufridos por los pueblos en las luchas que los representantes de la Orden sostenían contra las autoridades reales, que culminaron con el asalto a Ciudad Real, se añadían las tropelías del Comendador Fernán Gómez de Guzmán de la vecina aldea de Fuenteovejuna, que tenía a sus súbditos "de todo contento ajenos" en su afán de perseguir a las doncellas.

*"¡Cuántas mozas en la villa
del Comendador fiadas,
andan ya descalabradas!"*

¹ Aquellas incidencias son las que ha relatado, con verdadero acierto y con un vivo colorido que ha aprisionado el espíritu de

la época, Lope de Vega en su obra titulada "Fuenteovejuna". Los versos que copiamos corresponden a dicha obra.

En un comienzo los gritos del pueblo habían sido para alabar las victorias de la Orden:

*“Sea bien venido
el Comendadore
de rendir las tierras
y matar los hombres
¡Vivan los Guzmanes!
¡Vivan los Girones!”*

Pero las fechorías del Comendador Gómez de Guzmán llegaron a tal extremo, que todos los vecinos de Fuenteovejuna se alzaron furiosos y provistos de espadas, chuzos y palos, dieron muerte al tirano y sus servidores al grito de “¡Fuenteovejuna, Fernán Gómez muera!”.

En aquel ambiente caldeado y levantisco, en que el desorden, las infidelidades y los ultrajes andaban sueltos, surgió, entre las gentes humildes de la villa de Almagro, un romance entre una moza llamada Elvira Gutiérrez y Juan de Montenegro, copero de uno de los principales actores de los sucesos de que hemos hablado:

*“El famoso don Rodrigo
Téllez Girón, cuyo esfuerzo
es en valor extremado,
aunque es en la edad tan tierno,
maestre de Calatrava”¹.*

Ambos enamorados habíanse dado palabra de matrimonio; pero, en vez de cumplirse la promesa, las cosas se desviaron por otro camino y jamás se realizaron las bodas.

En efecto, el asunto comenzó a complicarse cuando doña Elvira, como resultado de sus amores con Montenegro, sintió que su estado auguraba la maternidad. Sus familiares, temerosos de que los vecinos se diesen cuenta de la situación de la joven, la ocultaron mientras se arreglaban las cosas. El desenlace de aquel suceso fué el nacimiento, en 1479, del hijo de doña Elvira, que recibió el nombre de Diego.

Luego que los vagidos del retoño llenaron la casa donde se ocultaba su madre, fué arrancado de su lado y llevado a la vecina aldea de Bolaños, donde lo criaría una moza llamada Sancha López del Peral. Así se quería salvaguardar el honor de la burlada doncella.

Pasados ya los ajeteos del nacimiento y de aquellos nerviosos días, los familiares de Elvira Gutiérrez creyeron oportuno apremiar a Juan de Montenegro para que se casase y legitimara así aquella situación. Dicen que

¹ Téllez Girón murió a los 24 años de edad en las guerras de Granada. Su padre, don Pedro Téllez Girón, había sido pretendiente a la mano de la futura reina Isabel la Católica durante el turbulento reinado

de Enrique IV de Castilla. La muerte del novio libró a la entonces princesa de una boda que repudiaba. W. Prescott “Historia del reinado de los Reyes Católicos”, Primera parte, capítulo III.

Montenegro contestó a las importunaciones que se le hacían, que no se casaba porque no le daban por dote de doña Elvira cierta cantidad de maravedíes que él exigía. Con esto creció la indignación y uno de los parientes fué a verse con Montenegro; tuvieron palabras duras, echaron mano a sus espadas y se dieron de golpes.

No sabemos qué resultado tendría este incidente, el hecho es que Montenegro no cedió a la presión y algún tiempo después moría dejando a su hijo en calidad de ilegítimo.

El niño se crió primero en Bolaños y después en Aldea del Rey, siempre bajo los cuidados de Sancha López que fué para él una verdadera madre.

Entretanto, doña Elvira, después de la muerte de Montenegro, se había casado con un hombre respetable llamado Celinos, a quien dió una hija que fué bautizada como Leonor.

Cuando el niño Diego tuvo unos cuatro o cinco años, fué llevado a Almagro donde posiblemente vivió algún tiempo junto a su madre; pero después fué colocado bajo la tutela de un tío llamado Hernán Gutiérrez, a cuyo lado fué creciendo hasta llegar a la pubertad.

El muchacho era travieso y con sus correrías y maldades indisponía en su contra al severo tío que lo castigaba rigurosamente. Se cuenta que le ponía en los pies una especie de cepos y que en vano el infeliz Diego lloraba su triste situación.

Habiendo llegado el futuro descubridor de Chile a la edad de quince años, más o menos, no pudo tolerar ya la autoridad de su tío y fugóse de su casa para ir en libertad a conocer mundo.

Llevado por su amor filial, donde primero se dirigió fué a casa de su madre que ahora vivía con su esposo en Ciudad Real. Una vez frente a doña Elvira le habló de su desgracia y como se iba de aquellos lugares en busca de mejor suerte. Le pidió que le diese alguna ayuda, un pedazo de pan, que lo socorriese en su miseria. Ella, con dolor de madre, buscó algunas monedas, un pan, y con la voz entorpecida por los sollozos apenas pudo decirle: "Toma, hijo, y no me des más pasión, e vete, e ayúdete Dios a tu ventura".

Desde ese momento Almagro abandonó para siempre sus lares y en su oscura villa natal ya no se tuvo noticias de él hasta 1536, cuarenta y tantos años más tarde, fecha en que llegó allí un bien compuesto emisario que a nombre del Adelantado don Diego de Almagro, conquistador del Perú y gobernador de Nueva Toledo en las Indias, inquiría datos acerca de los familiares de su señor¹.

¹Todos estos hechos constan de un interrogatorio presentado en 1540 en Almagro por la hermanastra del Adelantado, Leonor Celinos, y su primo Diego de Sevilla. CDIM, Tomo VI, pág. 137.

Advertimos que hemos usado las siguientes siglas para las referencias de las colecciones documentales.

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS INÉDITOS PARA LA HISTORIA DE CHILE. CDIM.

COLECCIÓN DE HISTORIADORES DE CHILE Y DE DOCUMENTOS RELATIVOS A LA HISTORIA NACIONAL. CHCH.

DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE AREQUIPA. DHA.

HARKNESS COLLECTION. HC.

REVISTA CHILENA DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA. RHG.

Almagro en su accidentada vida tuvo dos hijos, ambos ilegítimos y habidos en indias: don Diego de Almagro el Mozo, e Isabel de Almagro. Al primero, que más adelante se destacaría en las luchas civiles del Perú, dedicó todo su amor de padre y fué quizás mirando a su felicidad que tanto batalló por crearse una situación.

Antes de partir a Chile, Almagro comisionó al capitán Juan de Espinosa, su secretario, para que pasase a España y concertase el matrimonio de su hijo con doña Elvira de Loayza, hija de Lope Hernández Treviño y de doña Juana de Loayza, vecinos de Ciudad Real, y además para que le adquiriese en Castilla una renta por valor de cien mil pesos, como aporte de su hijo al matrimonio.

Espinosa en lugar de arreglar el matrimonio con doña Elvira de Loayza, lo concertó con doña Natalia de Carvajal, hija del licenciado Juan Suárez de Carvajal, del Consejo de Su Majestad, y más tarde obispo de Lugo. Almagro se mostró conforme con aquella gestión, según una carta que dirigió a Espinosa el 18 de noviembre de 1537: "lo principal del casamiento de don Diego que hicísteis, dándome deudo con el señor Ldo. Carvajal, ha sido tan a mi voluntad como si lo tomara con el duque del Infantazgo"¹.

En cuanto a la renta, Espinoza adquirió un juro de trescientos noventa y tres mil setecientos maravedís en las rentas reales de la ciudad de Jerez de la Frontera. Además dió al licenciado Carvajal ocho mil quinientos ducados cuando se concertó el casamiento.

Pero todos estos preparativos se vieron frustrados por muerte de la novia.

De todos modos, el joven Almagro gozó de su renta y dió poder para que fuese cobrada en España².

Siempre Almagro estuvo velando por la felicidad de su hijo. Antes de volver de Chile, cuando el porvenir se mostraba incierto, lo nombró para que le sucediese en la gobernación, y poco antes de morir designó como curador de él a Diego de Alvarado que sería, a la vez, Teniente de gobernador en Nueva Toledo, mientras el joven llegara a una edad conveniente o el rey proveyese otra cosa.

En sus últimos momentos, instituyó por su heredero universal al rey para ganar, según afirmación del licenciado Villalobos en sus "posiciones", "la voluntad a Su Majestad, para que hiciese mercedes al dicho su hijo y le favoreciese".

De la hija de Almagro es muy poco lo que sabemos. Se llamaba Isabel y era hija de una india llamada Mencía. Almagro no se preocupó mucho de ella porque debió ser muy pequeña; pero no la olvidó y en su codicilo le dejó mil pesos para dote o para que entrase a un convento³.

Al emprender el descubrimiento de Chile, Almagro tenía una excelente posición. Querido por sus compañeros y respetado por sus soldados, gozaba de gran influencia en el Perú. Había logrado conquistar el apre-

¹ CDIM, Tomo V, pág. 40.

² Posiciones del fiscal Villalobos. CDIM, Tomo VI.

³ CDIM, Tomo V, pág. 218.

cio por sus condiciones de jefe recto y justo, el cariño por la generosidad de su alma bondadosa y la fama por su valentía y sus hechos memorables.

Los reyes le habían honrado conforme a sus méritos otorgándole algunas posesiones en Tierra Firme, el título de "home hidalgo" de solar conocido en 1529, y luego el de Adelantado. En 1532, se le había concedido el cargo de Contador de la provincia de Tierra Firme, el título de mariscal y un escudo de armas que daría lustre a su linaje¹.

Este hombre de prestigio, inquietado por el espíritu de empresa y el afán de gloria, iba a arrastrar en pos de su estandarte una disciplinada hueste ansiosa de encontrar mejor fortuna.

¹ CDIM, Tomo IV.

Capítulo III

PREPARATIVOS EN EL CUZCO

Almagro, inmediatamente que decidió pasar a la conquista de Chile, levantó bandera de enganche en el Cuzco y envió a Lima, con igual objeto, a Juan de Herrada y Ruy Díaz, capitanes de toda su confianza.

Reunir gente no fué un problema, pues la llegada reciente de muchos soldados atraídos por los dorados relatos que circulaban sobre el Imperio Incásico, permitió formar rápidamente la hueste expedicionaria. Alborozados corrieron los hombres a engancharse "porque de buena gana iban con el mariscal, por ser hombre blando y liberal, con que era amado, porque al cabo el amor de los hombres se adquiere con buenas palabras y buenas obras"¹.

Se logró juntar poco más de quinientos españoles que en su gran mayoría habían servido ya con el Adelantado en el Perú; no era la gente depravada y cruel de que han hablado algunos historiadores, sino por el contrario, aquella hueste estaba formada por personas nobles de título y sentimientos, "que se podía estimar por la flor de las Indias". Muchos habían venido desde Guatemala, donde tenían formada una buena situación, y otros dejaban en el Perú promisorias esperanzas económicas².

¹ Antonio de Herrera, Década V, libro VII, capítulo IX.

² Al respecto podemos mencionar unas informaciones de servicios publicadas en DHA, tomo II, págs. 17 y 54, en las cuales figura Pedro Barroso que había sido alcalde mayor en Nicaragua, donde dejó sus indios para pa-

sar al Perú. Este mismo personaje para venir a Chile rechazó los ofrecimientos de indios que le hacía Pizarro en el Perú.

Otro conquistador, Hernando Solano, también dejó en el Perú una encomienda de indios para acompañar a Almagro. CDIM, tomo VII, pág. 355.

Completaban el número de los expedicionarios algunos negros, quizás algo más de ciento, y unos diez o quince mil indios para transportar las vituallas, armas, ropas y toda clase de útiles¹.

Las mayores dificultades las iban a tener los castellanos para equiparse convenientemente. Los accidentes geográficos y la enorme distancia a que se encontraba la metrópoli, impedían proveer convenientemente de implementos bélicos a los nuevos territorios conquistados. La escasez traía por consecuencia natural una exagerada alza de los precios, y los pobres soldados, faltos de dinero, nada podían adquirir o se veían obligados a pedir préstamos que luego se les reducían a nada con sólo comprar algunas cosas.

En esta época, en el Perú una cota valía de quinientos a mil pesos, una camisa trescientos y un esclavo negro alrededor de mil; un caballo, elemento indispensable en la lucha contra los aborígenes, costaba unos dos mil, pudiendo variar entre mil y tres mil (caso excepcional), según la calidad².

Para poder subvenir a los gastos, los soldados se vieron obligados a contraer fuertes deudas bajo condiciones muy onerosas³. Almagro, con el objeto de ayudar a su gente, gastó quinientos mil pesos oro, el grueso de

¹ El cronista Fernández del Pulgar dice 15.000 indios y el Inca Garcilaso habla de más de 15.000.

En lo que se refiere al número de negros, la cantidad anotada es tan sólo una suposición basada en datos ambiguos proporcionados por diversos documentos. No creemos que haya sido mayor la cantidad, pues en los "Libros de Cabildos de Lima", publicados por Bertram T. Lee, hemos encontrado en una ordenanza pregonada el 26 de enero de 1536, que estaba prohibido por otra anterior, introducir negros.

Entre los esclavos figuraba una mujer, Malgarida de Almagro, que sirvió fielmente al Adelantado hasta su muerte. En su codicilo, don Diego ordenó que fuese emancipada, lo que se efectuó el 8 de mayo de 1539. *HC*, tomo I, págs. 89 y 97.

Años más tarde, en 1553, Malgarida fundó una capellanía para que se rogase por el alma del Adelantado, la de Almagro el Mozo y "otros señores amigos míos que acompañaron a dicho mi señor en la jornada que hizimos a las provincias de Chile". Víctor M. Batruga "Los Mercedarios en el Perú", Tomo II, pág. 184.

² Para averiguar el valor de aquellos elementos nos hemos valido de las opiniones de testigos que figuran dispersos entre los "Documentos" de Medina, y de cartas de pago publicadas en "The Harkness Collection". Así, por ejemplo, el precio de los caballos lo hemos determinado teniendo en

vista el testimonio de veinticuatro documentos.

El cronista Oviedo, que jamás estuvo en el Perú, señala para un caballo el valor de siete u ocho mil pesos; pero es indudablemente una exageración que puede refutarse con documentos.

³ En un documento publicado en *DHA*, Tomo I, pág. 107, figura la siguiente declaración de dos prestamistas: "algunos de los que fueron a la jornada de Chile con el adelantado don Diego de Almagro, deben cierta cantidad de pesos en oro por obligaciones de caballos e otras cosas que dimos para la dicha jornada".

Para confirmar lo dicho copiaremos un párrafo de una real cédula de 1541: "Íñigo López de Mondragón, en nombre de los conquistadores y descubridores de la provincia del Nuevo Reino de Toledo, me ha hecho relación [al rey] que así en la jornada que hicieron a Chile con el adelantado don Diego de Almagro, como en otras que hicieron en la dicha provincia en la conquista della, se empeñaron y adeudaron en mucha suma de pesos de oro; e que a causa de haber quedado pobres con la muerte del dicho Adelantado, no pueden pagar lo que así deben, mayormente que las cosas que se les vendieron, de que proceden dichas deudas, se las vendieron desafortadamente en diez veces más que valían". *CDM*, Tomo VI, pág. 182.

En la misma colección hay otros testimonios particulares sobre deudas.

su fortuna, si no el total, que distribuyo magnánimamente entre sus hombres. Según algunos cronistas, no exigió que le firmaran documentos que acreditaran las deudas; pero es indudable que muchos lo hicieron.

Las riquezas de que Almagro pudo disponer fueron las que debió obtener de los tesoros del Cuzco u otros habidos, en general, durante la conquista del Perú¹. El dinero que ganó en Panamá lo gastó íntegro en los viajes que realizó con Pizarro en la búsqueda que daría por resultado el descubrimiento del Imperio de los Incas; en el reparto del tesoro de Atahualpa no le cupo ninguna parte y sólo se dió a su gente veinte mil pesos "para ayuda de pagar sus deudas y fletes y suplir algunas necesidades que traían"; según consta en el acta respectiva, publicada por Manuel José Quintana en su "Vida de Pizarro".

También fueron fuentes de entradas sus propiedades e indios de Panamá y del Perú, que trabajaban en actividades mineras y agrícolas. Sobre esto podemos mencionar dos documentos: la capitulación celebrada con Almagro el 21 de mayo de 1534, en la que el rey le autorizó para que gozase e hiciese con sus haciendas, tierras, solares e indios que tenía en Tierra Firme, lo que quisiera; y una carta de contrato entre Pizarro y un tal Hernán Sánchez de Pineda, mediante la cual el último se obligaba a servir de mayordomo en las minas y repartimientos de Pizarro, como asimismo en los de Almagro².

El equipo de que dispusieron los expedicionarios estaba formado por número indeterminado de ballestas, alabardas, borgoñotas, coracinas, coseletes, adargas, rodela, espadas, lanzas y picas. El único dato concreto que tenemos, y que resulta sorprendente, es que armas de fuego trajeron sólo cuatro o cinco; unos arcabuces que se mencionan como gran cosa en la probanza de servicios del soldado Diego de Encinas³.

Traían, además, toda clase de herramientas y útiles necesarios para instalar una colonia, como hachas, barretas, azadones y dos fraguas con útiles de herrería y carpintería. Los animales de que se servían eran el caballo para montar, las llamas y huanacos para el transporte de los bagajes, y algunos perros que ayudaban en la lucha contra los naturales⁴.

Antes de partir, Almagro solicitó al Inca Manco que enviase adelante a algún alto señor de su Imperio, que iría acompañado de tres soldados de a caballo, para que preparase el ánimo de los naturales por donde pasaría la expedición y para que reuniese provisiones e indios de servicio a lo largo del camino.

El Inca accedió gustosamente y designó al más alto jefe religioso, el Villac-Umu, y a su propio hermano llamado Pablo Inga, quienes partieron los primeros con Juan de Sedizo, Antonio Gutiérrez y Diego Pérez del Río. Aún el Inca Manco, que "estaba ya tan alterado por las cosas que

¹ En carta al rey, de fecha 8 de mayo de 1534, dice Almagro que después del reparto del tesoro de Atahualpa "acá se ha habido en esta pacificación e conquista que se ha hecho, mucha cantidad de oro, de que terná V. M. otros doscientos mill pesos de oro e terná cien mill marcos de plata de su quinto". CDIM, Tomo V, pág. 218.

² El primer documento figura en CDIM, Tomo IV, y el segundo en HC, Tomo I.

³ CDIM, Tomo VII.

⁴ RHC, Tomo IX, año 1914. "Informes y otros antecedentes sobre el valor histórico del cuadro Descubrimiento de Chile del Sr. Pedro Subercaseaux".

le habían pasado con el Marqués [Pizarro] y con los vecinos del Cuzco", pidió a Almagro que lo llevara a Chile, pues lo consideraba su protector y sólo a su lado se sentía seguro¹. Para persuadirlo desplegó ante su ambición la promesa de "más cantidad de oro que lo que Atahualpa había dado en Cajamarca y todo en tejuelos de oro"². Don Diego, considerando la enorme ascendencia moral que ante los indios tendría una expedición integrada por el Inca y la posibilidad de aquellos "tejuelos de oro", que ya debían brillar en su imaginación, aceptó de inmediato y ordenó que quedaran en el Cuzco dos soldados con caballos para que acompañasen al monarca peruano que luego habría de seguirle.

También envió Almagro, de acuerdo con Pizarro, un barco al mando de Diego García de Alfaro para que reconociese las costas hasta Chile; pero esto será materia de un capítulo posterior.

La expedición descubridora de Chile no estuvo compuesta de una sola columna, sino de varias que salieron del Perú con meses de intervalo. El relato central que haremos, que es el más conocido, será el del viaje de la columna que capitaneaba el propio Almagro, y relataremos en forma complementaria las peripecias de los capitanes Juan de Herrada, Rodrigo Ordóñez y Ruy Díaz, a quienes por el momento dejaremos preparándose en Lima y el Cuzco.

BIBLIOTECA NACIONAL
ASOCIACIÓN CHILENA

¹ Cristóbal de Molina. *com*, Tomo VII, págs. 460 y 470. Borregán, "Crónica de la Conquista del Perú", pág. 35.

² Obra citada de Borregán.

Capítulo IV

POR LOS CAMINOS DEL ALTIPLANO

Almagro despachó adelante al capitán Juan de Saavedra con cien soldados para que, introduciéndose en su gobernación hasta unas ciento treinta leguas, fundase un pueblo y lo esperase con los alimentos e indios de relevo que pudiera reunir en aquellas comarcas. Mientras tanto, él permaneció en el Cuzco activando los últimos preparativos de su columna.

Según los cronistas Molina y Herrera, Pizarro con el objeto de alejar rápidamente al Adelantado de la capital incásica, le hizo llegar por vía de rumor, que ahora que no contaba con las fuerzas de Saavedra lo iba a hacer tomar preso. Al saber tal rumor, Almagro habría salido precipitadamente del Cuzco y se habría ido a instalar al pueblo de Moina, distante ocho leguas al Sur, desde donde habría finiquitado todos los asuntos.

Haya lo que haya de verdad en lo aseverado por los cronistas, el hecho es que, efectivamente, Almagro abandonó el Cuzco a mediados de julio de 1535 y se detuvo en Moina, donde aún permanecía el 20 de ese mes dando instrucciones a sus capitanes, y preocupado por un suceso que alteraba sus planes¹.

¹ Todos los historiadores hasta el día de hoy han señalado como fecha de la partida de Almagro el 3 de julio, que es la fecha consignada por el cronista Fernández de Oviedo; pero estamos en situación de desmentir aquel aserto por existir una carta de deuda de Almagro otorgada en el Cuzco el 11 de julio. HC, Tomo II.

Por otra parte, podemos comprobar que

Almagro permaneció en Moina por lo menos hasta el 20 de julio, por existir una carta de él con esa fecha y que, aunque no tiene año, es indudable que corresponde a 1535, pues en ella da instrucciones para que su hijo venga a Chile con Ruy Díaz Medina la publica erróneamente entre los papeles de 1537. CDM, Tomo IV, pág. 402.

El Inca Manco al tratar de alcanzar las tropas expedicionarias, había sido detenido en la Angostura de Moína por Juan Pizarro, Teniente de gobernador en el Cuzco, que conocedor de su fuga, había salido rápidamente a detenerlo con diez hombres de a caballo. Indignado Almagro con aquel ultraje, instó al Corregidor del Cuzco, su viejo amigo Hernando de Soto, para que valiéndose de su cargo hiciese un requerimiento a Juan Pizarro con el objeto de que dejara al Inca ir al campamento de Moína.

Desgraciadamente, en esos días Hernando de Soto se disponía a abandonar el Perú y a hacer dejación de la vara de corregidor. Aprovechándose Juan Pizarro de esta coyuntura para barajar la maniobra de Almagro, envió un mensaje urgente a su hermano, el gobernador, pidiendo para sí el puesto que dejaba Soto. Con la presteza que el caso requería, el marqués Pizarro despachó a un tal Verdugo, vecino de Trujillo, con el nombramiento para su hermano.

Los vertiginosos arreglos de los Pizarro dejaron burlado al Adelantado que hubo de resignarse a perder la valiosa compañía del Inca.

Antes de alejarse de Moína rumbo al sur, Almagro envió con dos amigos una carta a Verdugo, en la que después de amenazarlo con una maledura a palos, que sería suministrada por los gentiles portadores de la misiva, le enrostraba su ingratitud al ayudar a Pizarro, cuando había sido él quien le había "dado de comer" y no el gobernador¹.

La columna del Adelantado, compuesta de unos cincuenta hombres, tomó el camino de los Incas, ya recorrido por Saavedra, que remontándose entre cumbres y desfiladeros iba a desembocar a la gran meseta del Collao, en cuyo centro extiende sus plácidas aguas el Titicaca. Avanzaron los castellanos por el lado occidental del lago, cruzaron el río Desaguadero que lo une con el Aullagas (Poopó), y fueron a reunirse con Saavedra que los esperaba con una buena provisión de alimentos, indios y llamas, en el pueblo de Paría que recién había fundado.

Aún había logrado Saavedra engrosar su columna con cincuenta hombres que andaban por aquellos lugares bajo las órdenes del capitán Gabriel

¹ La única noticia que tenemos de este incidente es la que da el padre Molina en su crónica: "quisose una vez [el Inca] ir del Cuzco hacia las provincias del Collao, diciendo que quería ir en busca de Almagro para ampararse en él porque le trataba bien: iban tras él y vuelve, y segunda vez lo tomaron". *CDIM*, Tomo VII, pág. 470.

Gracias a la obra de Alonso Borregán conocemos ahora todos los pormenores del suceso. Considerando la escasa difusión que ha tenido esta crónica, copiaremos el párrafo respectivo: "Almagro saliose del cuzco con toda su gente y el ynca quisose yr con el y dexo dos de a caballo que lo llevasen y sacáronlo vna noche y lleváronlo hasta la angostura de moyna como juan piçarro lo supo salio tras del con diez de a caballo y tornolo al cuzco y como almagro lo supo hizo detener la gente e ymbiole a hazer un Requerimiento a her-

nando de soto que hera corregidor y que se queria yr a españa y dexar la vara a hernando de pozo su compañero y como juan piçarro lo supo despacho por la posta al governador su hermano le embiase el cargo de corregidor por que no le llevasen Enlinga almagro Al chibe por que entendio averle prometido el ynca a almagro mas cantidad de oro que lo que atabalipa avia dado en Cajamarca y todo en texuelos de oro y de enpuria envidia despacho a verdugo vecino de truxillo con el mandamiento de corregidor Al juan piçarro como almagro lo supo que verdugo avia venido con aquella mensaje al cuzco escribiole una carta con un comendador de la horden de san joan y otro su compañero que se llama santiago y mandale los muelan a palos dezian la carta que es di de comer y no el governador piçarro por que sois agora contra mi".

de Rojas, y que habían preferido venirse a Chile y abandonar a su jefe que hubo de dar la vuelta, solo, al Perú.

En aquel tranquilo lugar cercano al lago Aullagas, permanecieron todo el mes de agosto reponiéndose de la primera etapa del viaje y esperando el derretimiento de las nieves de las serranías de Chicha, que deberían atravesar para continuar al Sur.

Hasta ese momento los territorios recorridos eran generosos en recursos y los sufrimientos habían sido los mínimos que puede haber en una marcha tan larga; pero ahora esperaban a los expedicionarios grandes llanuras desérticas cubiertas de salares y con una vegetación mezquina, antes de llegar a la acogedora región de Tupiza que marcaría la segunda etapa del viaje.

Mucho caudal han hecho los historiadores del siglo pasado de las tropelías que los españoles cometían con los indios de las regiones por que pasaban; pero hoy día resulta difícil creer tales afirmaciones, dado el conocimiento que tenemos de la calidad de la gente que componía la expedición, por el carácter humanitario de Almagro y por ser la fuente original de todos aquellos relatos la pluma de un sacerdote, el padre Cristóbal de Molina que seguramente, al igual que Las Casas, exageraba los incidentes para conmover los ánimos en favor de los naturales¹.

Una de las tantas crueldades que se han achacado a los expedicionarios, es de que se hacían transportar en hamacas por los indios y llevaban los caballos de las riendas para que, libres de peso, pudieran engordar. Aún habrían hecho llevar en hamacas a los potrillos que nacían.

Estas afirmaciones resultan dudosas si se considera una probanza de servicios del capitán Vasco de Guevara en que éste declara que vino a Chile con tres caballos que prestaba "para llevar dolientes y clérigos e otras personas de calidad que no podían caminar a pie"². Si hubiesen hecho llevar en hamacas los potrillos, con mayor razón habrían hecho llevar a los "dolientes y clérigos".

Por otra parte, existe la declaración de un soldado venido con Ruy Díaz, Alonso Moreno, en la que narra que él y muchos compañeros iban a pie y "llevaban sus caballos cargados de comidas para sí e para ellos"³. Tal llegó a ser la escasez de indios auxiliares que no alcanzaban ni para transportar las provisiones.

Después de atravesar en medio de grandes sufrimientos y privaciones los territorios de que ya hemos hablado, la hueste del Adelantado llegó con algunas intermitencias a Tupiza. Allí les esperaba una agradable noticia.

Pablo Inga y el Villac-Umu, que habían ido recogiendo cro en su

¹ Son muchos los testimonios que nos han quedado de la bondad de Almagro. El más conmovedor que hemos encontrado es aquel que dice que los indios, después de muerto el Adelantado, exclamaban: "¡Oh nuestro padre Almagro, que tan bien nos tratabas e defen-

días, que después de te haber muerto nos han muerto e robado a nosotros!" CDIM, Tomo VI. Causa contra Juan Rodríguez Barragán.

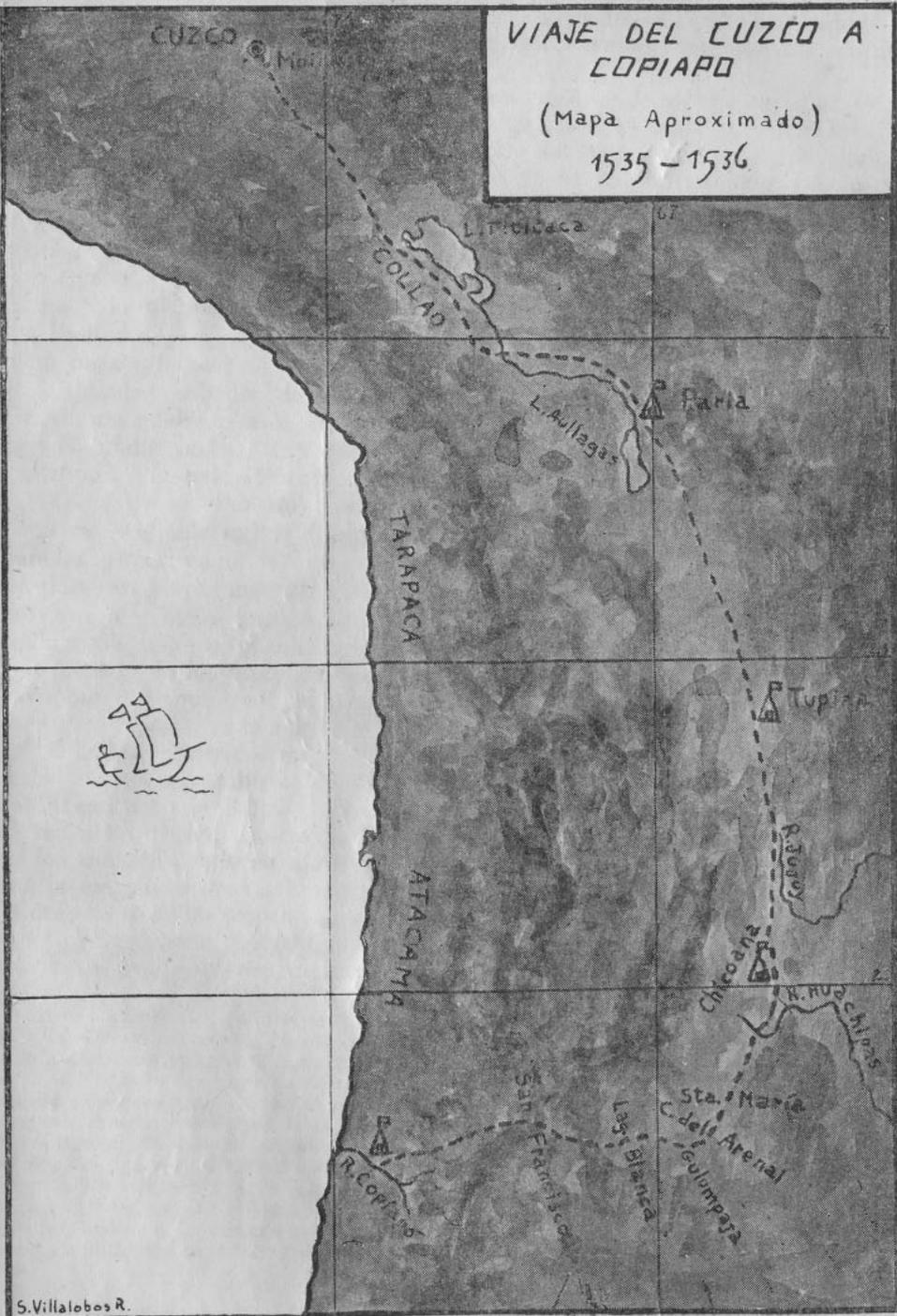
² CDIM, Tomo VI.

³ CDIM, Tomo VII, pág. 289.

VIAJE DEL CUZCO A
COPIAPO

(Mapa Aproximado)

1535 - 1536



S. Villalobos R.

VACA Zu.

21

camino y habían logrado reunir noventa mil pesos, parte del tributo de Chile al Inca, pusieron a disposición de Almagro toda aquella cantidad¹.

En cuanto a los tres españoles que los acompañaban, habían seguido adelante dispuestos a llegar a Chile.

En Tupiza, permaneció Almagro dos meses en espera de que se le juntasen las tropas rezagadas y de que madurase el maíz con que habrían de reaprovisionarse. Durante aquel tiempo se repararon todos los equipos y armas. Para suplir las herraduras que ya se habían gastado, fabricaron otras de cobre a falta de hierro.

Mientras permanecían en aquella región, llegaron un día noticias enviadas con toda urgencia desde el Cuzco por los amigos de Almagro.

Acababa de llegar al Perú el Obispo de Panamá, Fray Tomás de Berlanga, con plenos poderes para dirimir las dificultades con Pizarro sobre los límites de las gobernaciones, y sería necesario que él estuviese en persona para que se respetasen sus derechos.

Almagro, sabedor de que más valían los hechos que los títulos, decidió seguir adelante a la conquista de Chile, tierra que una vez dominada por él, nadie podría disputársela. ¡Para qué volver, teniendo por delante horizontes tan halagüeños!

Otro suceso vino aún a inquietar al abigarrado campamento. El Villac-Umu con algunos indios de su séquito abandonó sigilosamente las filas españolas y por caminos extraviados dió la vuelta al Norte, propagando a su paso un levantamiento general que cundiría por todo el imperio. Las partidas a caballo que se destacaron en su persecución no pudieron haberlo y sólo regresaron con la noticia de la insurrección en la comarca.

Al lado de los castellanos quedaba de todos modos Pablo Inga, el joven hermano del monarca peruano, que habría de acompañarlo fielmente en toda la campaña hasta regresar al Cuzco².

Comenzaban a correr los primeros días de 1536, cuando reiniciaron la marcha al Sur rumbo a los territorios que actualmente forman las regiones argentinas de Salta y Jujuy. Las nuevas jornadas, difíciles por el carácter del terreno, estaban, además, llenas de peligros por la insurrección de los indígenas que se aprovechaban de cualquier oportunidad para estorbar la marcha o caer sobre grupos desprevenidos que se alejaban demasiado del grueso de las tropas.

Continuamente, había que despachar partidas de soldados para que disolvieran las reuniones de indios y abrieran paso a la columna. Uno de

¹ Entre los cronistas hay divergencias acerca del monto de aquel tesoro. Algunos lo hacen subir a doscientos mil pesos.

² Este simpático personaje, "muy discreto y sabio y de mucho tono", según el padre Molina, que como representante de la autoridad incásica acompañó a los descubridores de Chile, mostró, igual que su hermano Manco, gran adhesión a Almagro. Más tarde gozó de la protección del rey por sus servicios en favor de los castellanos; así lo demuestran diez reales cédulas publicadas en *CDM*, Tomo VI.

Vázquez de Espinosa, en su "Compendio" anota que Pablo Inga "desde que se bautizó, reconocido de tan gran beneficio lo mostró no sólo a Dios, siendo muy buen cristiano, sino a su Magestad sirviéndole con lealtad y fidelidad en todas ocasiones... el Marqués Pizarro le dio en renta las provincias de Atunacana, Auri, Mohina, Callanga, Manaries, Gualjobamba, Gualua y otros muchos pueblos", pág. 551.

estos grupos, compuesto de seis españoles, halló la muerte a manos de una poblada de aborígenes que se habían fortificado en un paso del valle de Jujuy. Almagro despachó inmediatamente una fuerza de treinta hombres al mando del capitán Rodrigo de Salcedo, para que abriesen paso y castigasen a los atrevidos naturales; pero aquella tropa fué insuficiente para desalojarlos de sus rudimentarias fortificaciones que defendían bravamente, y hubo de enviarse un refuerzo al mando del capitán Francisco de Chávez.

Finalmente, los indios, atemorizados, abandonaron sus posiciones durante una noche. Aquel asalto duró tres días; en él se perdieron algunos caballos y los más de los hombres salieron heridos¹.

En otra de las tantas "guazavaras" que dieron los indios, se empeñó una lucha bastante reñida y el Adelantado se vió en grave peligro de perder la vida al caer muerto su caballo por una flecha que le llegó hasta el corazón².

Salvando todos estos contratiempos y despachando continuamente pequeñas descubiertas que por lo general comandaba el esforzado capitán Vasco de Guevara, los expedicionarios fueron avanzando hasta llegar a la llanura de Chicoana que se extiende al oeste del sitio en que hoy se levanta la ciudad de Salta.

Aquel era el último punto de descanso antes de emprender el paso de la cordillera que al occidente del campamento ya destacaba su mole enorme.

¹ Estos hechos figuran con bastante claridad en las probanzas de méritos y servicios de los soldados Diego de Encinas y Hernando Solano. CDIM, Tomo VII.

² El nuevo caballo que montó Almagro debió ser uno que le dió Cristóbal de Molina. En su codicilo, Almagro manda "que se den

de mis bienes al sochantre Cristóbal de Molina un caballo que me dió en Chile".

¿Sería el espléndido corcel de que nos habla Alonso Borregán en la foja 25 de su crónica? Dice allí que Almagro después de la entrevista de Mala "cabalgó en su caballo que se llamauá motilla que andaba treynta leguas en un día".

Capítulo V

EL PASO DE LOS ANDES

Después de permanecer dos meses en la llanura de Chicoana reuniendo llamas y alimentos, y esperando que pasara un poco la inclemencia de la estación, el campamento se convirtió de nuevo en columna de marcha. Gran cantidad de indios y llamas, portando alimentos, formaban el grueso del conjunto que, vigilado por negros y españoles de a pie y a caballo, avanzaba pesadamente buscando el camino más expedito.

Al salir de la llanura se encontraron con que el río Guachipas, engrosado por las lluvias estivales, había extendido sus brazos y mantos de agua por todas partes, ofreciendo su paso las más serias dificultades. Era imposible saber dónde empezaba la otra orilla de aquella corriente sin fin.

Resueltamente, los castellanos guiaron la expedición hacia adelante sin titubear ante los peligros a que se exponían, ni ante el fracaso que podría significar para la empresa.

Un día entero anduvieron en el agua antes de alcanzar el otro lado. Durante la travesía, las llamas, agobiadas por el peso de las cargas, se habían dejado arrastrar por la corriente sin tener fuerzas para mantenerse en pie. Muchos indios auxiliares, aprovechándose del desbarajuste, se habían dado a la fuga dejando abandonadas las vituallas. Así, al hacer el balance de aquella jornada, se pudo comprobar con desaliento la pérdida de la mayor parte de los alimentos y la imposibilidad de transportar todos los que quedaban.

El Adelantado se vió obligado a repartir entre sus hombres, sin distinción de jerarquías, los alimentos, que tan preciosos iban a ser dentro de poco tiempo.

En precarias condiciones, siguieron avanzando para comenzar ya a tomar el camino hacia el oeste, rumbo a la cordillera cuyas cumbres señalaban los indios con muestras de temor y desaliento.

El equipo de que disponían era poco a propósito para las dificultades y sufrimientos que les esperaban. Las ropas de los españoles estaban destrozadas y los indios y negros apenas cubrían sus cuerpos con burdas telas de fabricación indígena. El alimento de que se disponía era un poco de maíz y una especie de pan y miel que, igual que los indios, los españoles habían fabricado de la pulpa de un fruto del algarrobo. Las herraduras de los caballos habían sido reemplazadas por otras de cobre, poco resistentes a las asperezas del terreno y que ya se encontraban en mal estado. A todas las deficiencias, hay que agregar la falta de costumbre al frío intenso y a los malestares de la altura.

Pasó la hueste por el valle de Santa María para introducirse en el desierto llamado Campo del Arenal, en el que demoraron siete días, y salvar, en seguida, las serranías de Gulumpaja, a partir de la cual se extendía una planicie salina llamada Laguna Blanca. Desde aquel lugar se iniciaba la parte más dura de la cordillera, el cordón más alto y peligroso que los expedicionarios comenzaron a escalar en dirección al paso que hoy se llama de San Francisco (4.400 m. de altura).

A medida que subían, aumentaban los accidentados del terreno y el frío que cada día parecía fustigar más los temblorosos cuerpos de los hombres. El suelo, sembrado de guijarros, acuchillaba las suelas y las plantas de los pies, destruyendo el calzado y produciendo heridas dolorosas; otras veces la nieve, hollada por el paso de las bestias y de los hombres, dificultaba la marcha e invadía las piernas con un frío paralizador; algunos soldados al tirar de sus botas veían con horror que se les desprendían los dedos, como deshechos por el frío¹; y a cada momento la fatiga y el sorocho venían a aumentar las penurias de aquella columna que como un gusano discurría en medio del paisaje fantástico de la naturaleza todopoderosa. Las altas cumbres, torreones de roca y hielo, dejaban caer sus abruptas faldas hasta converger en la silenciosa profundidad de los abismos.

Pero aquellos valerosos corazones no desesperaban y seguían trepando en demanda de la cumbre. Para evitar el frío había que estar en continuo movimiento ya que era imposible encender una fogata debido a la ausencia de arbustos que pudieran proporcionar leña.

Todos los sufrimientos llegaron a su punto álgido al cruzar el portezuelo más alto, batido por un viento frío que dejó a su paso infinidad de cadáveres de indios, negros y caballos, medio enterrados en la nieve o apegados a las hendiduras de las rocas.

Con el objeto de socorrer a sus hombres, Almagro partió adelante con veinte de a caballo para alcanzar a marchas forzadas el valle de Copiapó y disponer el envío de recursos.

¹ El desprendimiento de los dedos, que puede parecer fantasía, ha sido anotado por el cronista Mariño de Lobera y consta además en las probanzas de servicio de Jerónimo de Cos-

tilla, que vino más tarde con Ordóñez, en la de Diego de Encinas y en la de Diego de Pantoja. *CDIM*, Tomo VII.

Con la mayor rapidez que permitían las pendientes y precipicios, avanzó Almagro hacia el occidente hasta que al tercer día, desde las altas quebradas cordilleranas, contempló por primera vez el suelo de Chile¹.

Las accidentadas cumbres bajaban violentamente para sumergirse en el llano o derramarse formando fallas y contrafuertes, entre los cuales apenas se divisaba un verde grisáceo anunciador de la vegetación que luego habría de acoger a la expedición. Cualquier verdor, por miserable que fuera, tenía que alegrar la vista de aquellos hombres fatigados de ver sólo el granito hostil.

Sus propias necesidades y la desesperación en que habían dejado a sus compañeros, dieron nuevo aliento a los soldados para bajar al plan, lo que efectuaron por la quebrada de Paipote. Los indios los recibieron pacíficamente y estuvieron dispuestos a reunir alimentos y despacharlos hacia las cumbres andinas para ayudar a los que habían quedado atrás.

Con el socorro, pudieron los españoles resarcirse y continuar adelante hasta bajar al valle de Copiapó, fin de aquella penosa etapa².

¹ En el informe sobre el valor histórico del cuadro Descubrimiento de Chile que adorna la testera del Salón de Honor del Congreso, aparecido en RHC, Tomo IX, año 1914, se afirma que Almagro en el momento de descubrir Chile, en el valle de Copiapó, estaba acompañado por toda su hueste. A nuestro juicio el verdadero descubrimiento lo hizo con sólo los veinte soldados que lo acompañaban.

Esta crítica no debe afectar al cuadro en referencia, que debe considerarse, antes que nada, según su valor estético.

² Resulta imposible determinar el número de muertos habidos en la cordillera. Don Diego Barros Arana en su "Historia General" ha reunido los datos consignados por los cronistas, que son contradictorios. Los documentos en este asunto no ayudan a aclarar las dudas. De todos modos, no resulta arriesgado suponer que el total de españoles muertos hasta ese momento no pasaría de diez.

Don Tomás Thayer Ojeda en "Los Conquistadores de Chile" dice que el total de españoles muertos en el viaje por Perú y Charcas, fué de ocho.

Capítulo VI

DE COPIAPO A ACONCAGUA

Los expedicionarios habían llegado hasta el valle de Copiapó que según la real cédula otorgada por Carlos V el 21 de mayo de 1534, caía fuera de los límites de la gobernación de Almagro, Nueva Toledo; pero esto no sería inconveniente para seguir al sur explorando aquellos territorios tan ponderados por sus riquezas, que en propiedad correspondían a don Pedro de Mendoza¹.

Después de dar un descanso tan conveniente a los hombres como a las cabalgaduras, Almagro dió la orden de reiniciar el avance; pero antes de partir restableció en el mando de los indígenas de Copiapó a un joven que había sido injustamente despojado de su autoridad por un pariente. Así se ganaba un aliado eficaz.

Durante la marcha gran parte de los indios auxiliares que venían bajo la autoridad de Pablo Inga, se fugaron hacia el norte en la creencia de que continuando al lado de los españoles sólo penurias les esperaban. El desbande dejó a los castellanos faltos casi por completo de mano de servicio, al extremo que "quedaron sin tener quien le diese un jarro de agua. Y era cosa de lástima ver que cada uno buscase de comer para sí e para

¹ En 1537, Mendoza, enfermo de cuerpo y alma, abandonó la conquista que realizaba por el Río de la Plata y dejó a su teniente Juan de Ayolas las siguientes instrucciones con respecto a la parte del Pacífico de su gobernación, que jamás conoció: "Si Diego de Almagro quisiere daros

porque le renuncie la gobernación que ahí tengo desa costa y de las islas, ciento cincuenta mil ducados, y aunque no sea más que cien mil, hacedlo sino vieredes que hay otra cosa que sea en más provecho". Cuando se escribieron esas líneas, Almagro ya había abandonado la conquista de Chile.

su caballo, e lo guiase con sus manos el que no era acostumbrado a soplar tizonas", según la curiosa expresión de un cronista que revela modalidades de entonces.

Otro suceso vino aún a exasperar el ánimo de los españoles. Era la noticia, obtenida por los yanaconas, de que los tres españoles que habían salido con el Villac-Umu y que se habían adelantado hasta Chile, habían sido muertos por los naturales de aquellas regiones, desesperados de soportar sus desmanes. Incidente tan grave, unido a la reticencia que mostraban los aborígenes para cooperar, determinó a Almagro a efectuar un cruel castigo. Hizo reunir a los principales señores de los valles de Copiapó, Huasco y Coquimbo y después de enrostrarles sus faltas y el crimen cometido, los condenó a morir quemados dentro de una choza.

Aun no se consumaba aquel bárbaro escarmiento, cuando llegaron desde el valle de Aconcagua o Chile, unos emisarios del cacique de aquella región, que venían a ofrecer su amistad a los blancos.

El propiciador de tan gentil embajada era un español llamado Gonzalo Calvo Barrientos, que vivía entre los indios, y que al saber la proximidad de sus compatriotas había aconsejado al cacique la amistad con los castellanos.

Gonzalo Calvo había huído del Perú unos dos años antes porque le habían cortado las orejas como castigo de un robo hecho en la ciudad de Jauja. Fustigado por la vergüenza de aquel baldón, se había introducido en las tierras aún no exploradas del sur hasta llegar al valle de Aconcagua, donde ahora vivía respetado por los indígenas y gozando de gran influencia junto al cacique.

Antes de seguir con Almagro al Sur, debemos dejar constancia que en el valle de Coquimbo se escribió el primer documento fechado en Chile de que tengamos noticia. Una prosaica carta de pago mediante la cual Almagro reconoce una deuda a favor del padre Bartolomé Segovia. Tiene fecha 5 de mayo de 1536 y está firmada por Francisco de Chávez, el arcediano Rodrigo Pérez y Juan de Saavedra; aunque este último figura con el nombre de Alonso¹.

Los expedicionarios continuaron marchando rumbo al sur, salvando unos tras otros los innumerables cordones de cerros, altos y agrestes, que con los valles de los ríos mantenían a la columna en un continuo subir y bajar. La pobre vegetación y la miserable vida de los escasos indios, debió ir ya mostrando a los españoles cuán lejos estaba de ser éste el país con que habían soñado.

En aquellos parajes, el 25 de mayo, cuando ya los pertrechos se habían agotado y los equipos estaban casi inservibles, llegó a Almagro la noticia del arribo de un barco cargado de recursos. Inmediatamente se tomaron las providencias necesarias para ponerse en contacto con él; y a los pocos días se pudo desembarcar en una bahía de la costa vecina,

¹ La existencia de este documento fué dada a conocer por el historiador peruano Raúl Porras Barrenechea en su charla de 16 de octubre de 1952, leída en la Sala Barros Arana durante las celebraciones del Cen-

tenario de Medina. Tanto la charla como la carta, han sido publicadas por el señor Porras Barrenechea recientemente en un folleto titulado "Homenaje Peruano a José Toribio Medina", Lima, 1953.

quizás Los Vilos, todos los pertrechos de ropa, armas y fierro para herraduras. Los expedicionarios quedaron de nuevo más o menos bien equipados y pudieron continuar en mejores condiciones hacia Aconcagua. Por su parte, el Santiago, que así se llamaba el navío, debía continuar al sur para ayudar por mar a la exploración.

Aquel barco había sido equipado en el Perú por el capitán Ruy Díaz, y formó, junto con otros tres, la expedición marítima de que trataremos en el capítulo siguiente.

Llegando al valle de Aconcagua, los españoles fueron recibidos por los naturales con grandes demostraciones de regocijo, aconsejadas por Gonzalo Calvo, quien de inmediato se presentó al Adelantado para ofrecerle sus servicios y cuantas informaciones desease sobre la tierra.

Almagro correspondió a los homenajes con algunos regalos que hicieron la curiosidad de los indios, y les hizo saber, con suaves palabras, que abrigaba los mejores propósitos.

Desgraciadamente, los buenos augurios se vieron frustrados por las intrigas del astuto y solapado intérprete indio Felipillo, que logró convencer a los naturales de aquel valle y aun al cacique, de que los blancos tenían malas intenciones y que lo mejor era huir, dejándolos abandonados a su suerte. Siguiendo el mal consejo, los naturales escaparon subrepticamente una noche.

Felipillo, con los pocos yanaconas peruanos que quedaban, tomó la fuga hacia el norte; pero luego fué alcanzado por las partidas despachadas por Almagro, y, traído al campamento, "como se entendiese la bellaquería, hizieron justicia del y de otros bellacos como él". Los demás indios, pasado algún tiempo, comenzaron a volver acogiéndose al perdón que el jefe blanco les otorgaba.

Considerando la bondad de aquella tierra y el carácter amistoso de sus habitantes, los españoles establecieron allí su base de operaciones para reconocer el país. Pero ya no podían engañarse. La riqueza no se veía en parte alguna y los informes de Gonzalo Calvo no permitían forjarse la menor ilusión.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Capítulo VII

RUY DIAZ Y LA EXPEDICION MARITIMA

Como dijimos en un capítulo anterior, Almagro, al partir a Chile había dejado en el Cuzco a Rodrigo Ordóñez preparando otra columna, y en Lima, con igual objeto, a Juan de Herrada y Ruy Díaz. Este último capitán debía equipar una flotilla y ayudar por mar al descubrimiento de Chile; pero antes de ocuparnos de su misión debemos consignar algunos datos sobre la navegación de un navío del que ya informamos algo antes de que Almagro partiera hacia Chile.

Al tratar de los preparativos de la expedición dijimos que el Adelantado, de acuerdo con Pizarro, había despachado en un barco al piloto mayor Diego García de Alfaro, para que explorase la costa hasta Chile. Aquel marino partió desde frente a Lima "en una nao grande" llamada Santiago y navegó hacia el sur explorando las costas del Perú y las del norte de Chile¹. Pronto los duros trabajos, los sufrimientos y las necesidades

¹ Hemos llamado Santiago al barco pilotado por García de Alfaro, igual que el que comandó Quintero, atendiendo a que en esa época había en el Perú dos barcos con tal nombre, según consta de documentos publicados en "The Harkness Collection". Al respecto copiaremos la parte de una nota en que consta la existencia de los dos Santiagos y que uno era capitaneado por García de Alfaro: "In 1937, on June, Diego García, master of the nao Santiago and Lorenzo Román, master of the navio Santiago, assign to Francisco Pizarro and Alma-

gro, the joint owners of both vessels, certain money due for freight on voyages from Panamá". HC, Tomo II, pág. 218.

Existe, además, el testimonio del cronista Oviedo que, aunque con evidentes errores, habla de dos barcos Santiago. Más adelante se copiará el párrafo respectivo.

Hemos concluido, también, que el Santiago, piloto García de Alfaro, navegó hacia Chile en la misma época de la partida de Almagro. Esto resulta evidente si se considera el tiempo que debió demorar en navegar (¿500 leguas?) hacia el Sur contra la

agobiaron a los tripulantes. En algunos desembarcos que se vieron obligados a realizar, tuvieron varios muertos por los ataques de los indios. Todos los contratiempos, unidos al mal estado del barco, obligaron a García de Alfaro a dar la vuelta al Perú, donde llegó cuando ya Almagro había partido a Chile.

Por orden de Pizarro, García de Alfaro llevó el barco a Panamá para que fuese reparado. Luego que estuvo listo, dió la vuelta a Lima y estando allí por partir de nuevo hacia Chile, para ayudar a Almagro, sobrevino el levantamiento indígena y se vió obligado a permanecer en Lima para contribuir a la defensa.

Mientras tanto, el capitán Ruy Díaz había logrado equipar tres malos barcos, el San Pedro, el San Cristóbal y el Santiago, de todos los cuales sólo el último iba a lograr su objetivo. Este Santiago, que no hay que confundirlo con el de igual nombre en que navegó García de Alfaro, iba al mando de un maestre cuyo nombre no sabemos y llevaba, además, al capitán Ruy Díaz y su hueste, y al piloto Alonso Quintero, que más adelante habría de tomar el mando¹.

El pésimo estado del casco, perforado por la broma, impidió que los expedicionarios llenaran inmediatamente sus propósitos y los obligó a recalar en Chíncha, donde desembarcó Ruy Díaz con su gente y el hijo del Adelantado, Diego de Almagro el Mozo, para seguir por tierra.

El Santiago desde Chíncha volvió a Lima (Callao) para reparar las averías del casco y poder navegar hasta Chile llevando a la expedición terrestre los recursos que había embarcado. Cuando estuvo listo, seguramente en los primeros días de 1536, se dió de nuevo a la vela llevando una tripulación de unos cuarenta hombres y, además del maestre, siempre al piloto Quintero.

El viaje estuvo lleno de zozobras por el carácter belicoso de los indios de la costa y la falta de recursos. En todas partes que desembarcaban, se veían obligados a luchar con los naturales que de improviso se dejaban caer sobre ellos impidiéndoles abastecerse de agua. En uno de aquellos encuentros, "que se hubo en Tacana", murieron cuatro españoles y los que

corriente de Humboldt, volver a Lima, de allí a Panamá, repararse y regresar al Perú para estar listo cuando sobrevino el levantamiento indígena, es decir, siete meses después de la partida de Almagro. Además, consta en el memorial de servicios de Diego García de Alfaro, que cuando regresó a Lima después de navegar a Chile, el que lo mandó a Panamá fué Pizarro, porque Almagro ya había partido. *CDIM*, Tomo VII.

¹ Es muy posible que el nombre del piloto Quintero fuese Cristóbal y no Alonso, pues con aquel nombre figura un piloto en el bando de Almagro en 1537, mientras que con el último no figura ninguno en ningún documento. En la relación que Manuel de Espinal mandó al Emperador en 1537, aparece un "Christobal Quintero, maestre", que iría de

parte de Almagro a buscar un navío que Pizarro había prometido. *CDIM*, Tomo V, pág. 288. Por otra parte, en la información rendida en el Cuzco para determinar los límites de las gobernaciones de Pizarro y Almagro, 17 de abril de 1537, un testigo saca a colación la opinión de "Cristóbal Quintero, piloto", que es favorable al Adelantado.

Nos impide hacer una afirmación más categórica la opinión de Fernández de Oviedo, que le llama Alonso y luego agrega: "Yo le conocí bien". Este mismo cronista dice que Quintero "era marinero diestro y no del cuadrante, sino así arbitrario a las derrotas e saber común, e más aficionado que otro a una baraxa de naipes, pero en el astrolabio inorante".

pudieron salvar salieron bastante heridos¹. Más adelante, con el propósito de saber noticias de Almagro, se embarcaron diecisiete en un batel con el que navegaban cerca de la playa; pero en uno de los desembarcos fueron asaltados por los indios que mataron nueve hombres, incluyendo al maestro, les destruyeron el batel y los obligaron a huir al navío despojados de sus armas y cubiertos de heridas. A partir de ese momento, Quintero asumió el mando por la muerte del maestro.

Continuando al Sur, los maltrechos nautas llegaron a las costas Sur de Coquimbo, Los Vilos posiblemente, hacia el 10 de mayo, quince días antes que la expedición terrestre del Adelantado entrara en aquellos parajes². Ya vimos en el capítulo anterior, como entraron en contacto con sus compatriotas y los socorrieron.

En cuanto al San Pedro, que debió salir poco después que el Santiago, a fines de enero de 1536, al mando del piloto Pedro Gallego, por sus malas condiciones navieras sólo pudo llegar hasta Arica, donde permaneció largos meses hasta que Almagro lo encontró al regresar al Perú. Socorrido por el Adelantado, pudo dar la vuelta al norte y llegar cerca de Arequipa, donde tuvo el último contacto con la expedición terrestre. De allí fué a recalar a Lima³.

¹ Los incidentes del viaje del Santiago constan en una real cédula a favor de Antón Cerrada y en una probanza de Alonso Enriquez, contra Hernando Pizarro. CDM, Tomo VI.

² Lo dicho sobre el Santiago, piloto Quintero, es la lógica consecuencia que se obtiene de analizar un párrafo de Fernández de Oviedo, que copiamos a continuación: "Este mensajero —el que llevó a Almagro la noticia del arribo del Santiago cerca de Los Vilos— trujo asimismo relación que otro navío grande, llamado Santiago, que traía al capitán Ruy Díaz por la costa, en que iba don Diego de Almagro, hijo del adelantado, había arribado (porque hacía mucha agua) a la tierra de Chíncha, que estaba de guerra, e allí les tomaron la barca e mataron siete hombres en ella. El piloto deste navío grande se decía Alonso Quintero, e tenía poder del adelantado, e fué a reparar el navío al puerto de Lima, porque no se perdiese del todo, para que seyendo tomada el agua, estanco, volviere a seguir el viaje, antes de lo cual el dicho capitán Ruy Díaz había sacado por tierra la gente que en el navío venía". CUCH, Tomo XXVII, pág. 231.

Resulta indudable que Oviedo tuvo noticia de dos barcos Santiagos, y que él mismo se enredó y los confundió, al extremo de llegar a una incongruencia. Anota que el barco que encontró Almagro en Los Vilos se llamaba "Sanctiagio" y que el mensajero que llevó la noticia de su arribo "trujo asimismo relación que otro navío grande llama-

mado Santiago..." Pero más adelante ha-

co de los dos barcos uno solo. Con toda seguridad que el otro navío a que se refiere fué el del piloto García de Alfaro, que por deficiente información no pudo distinguir con claridad.

Don Tomás Thayer Ojeda en "Los Conquistadores de Chile", Tomo II, llama San Pedro al barco capitaneado por Quintero; pero teniendo en cuenta que hubo dos Santiagos, y leyendo atentamente a Oviedo, resulta evidente que el barco piloteado por Quintero era el mismo en que navegó Ruy Díaz hasta Chíncha, que no naufragó, como se ha creído. Además, lo anotado coincide perfectamente con lo que nos resta decir de los otros barcos.

Debemos señalar, que ya Vicuña Mackenna en su "Historia de Valparaíso" vislumbró la existencia de los dos Santiagos, sólo que a uno le llamó "Santiaguillo" por ser más pequeño.

³ Fernández de Oviedo ha señalado con toda precisión el nombre del navío que llegó hasta Arica, "Sanct Pedro".

Thayer Ojeda ha creído que aquel barco fué el San Cristóbal, y que de allí habría dado la vuelta al Perú, suponiendo que su piloto era García de Alfaro; pero creemos haber demostrado ya, claramente, que aquel piloto navegó mucho antes y en uno de los Santiagos.

El regreso del San Pedro consta en la relación del tesorero Manuel de Espinal al Emperador, junio de 1539, una de cuyas

El San Cristóbal, que es otro de los barcos que los historiadores han señalado como integrante de la expedición, estaba al mando del piloto Juan Fernández, homónimo del célebre descubridor de las islas, y no participó en la exploración de las costas chilenas, quedando detenido frente a Lima¹.

Debemos ahora retroceder un poco para ocuparnos del capitán Ruy Díaz y su hueste, que habíamos dejado en Chincha cuando el Santiago recaló allí para en seguida volver a Lima a repararse.

Aquella columna atravesó los desiertos del sur del Perú hasta Arequipa y tomó el camino del Altiplano para seguir la misma huella que Almagro, es decir, por Charcas, Tupiza, Jujuy, y para llegar a Copiapó después de cruzar la cordillera por el paso de San Francisco. Los sufrimientos de aquellos hombres fueron casi iguales a los que habían tenido que soportar sus compañeros que ya se encontraban en Chile. El hambre, la nieve y el frío, diezmaron a los yanaconas y los castellanos se vieron obligados a cargar los alimentos en sus caballos mientras ellos marchaban a pie.

Hacia julio lograron llegar al valle de Aconcagua, donde eran esperados ansiosamente por sus compañeros, deseosos de saber noticias del Perú y de ver engrosadas sus fuerzas. Pero el más contento debió ser Almagro, ya que además de ser aquél un buen refuerzo, venía allí su hijo, motivo de tantos afectos y desvelos.

La ruta que hemos señalado en el viaje de Ruy Díaz es totalmente diferente a la señalada por todos los historiadores hasta el día de hoy. Siempre se creyó que aquel capitán había venido por el camino cercano a la costa, por los desiertos del Perú y Chile; pero en vista de antiguos testimonios revisados escrupulosamente, y de otros nuevos, se puede afirmar lo contrario.

A continuación expondremos las pruebas en que basamos nuestras aseveraciones.

En primer lugar, tenemos el testimonio del cronista Agustín de Zárate

partes más interesantes dice: "Del maestre e marineros del cual dicho navío supe algunas cosas del dicho viaje, e me dijeron como desde el valle de Ariquipa, que es nueve leguas del Cuzco y 130 desta cibdad, el dicho gobernador don Diego de Almagro se había partido a la cibdad del Cuzco con toda su gente" *com*, Tomo V, pág. 288.

Aunque Espinal no da el nombre del navío, es indudable que se trata del San Pedro, porque más adelante agrega que Pedro Gallego era su maestre.

¹ Estas conclusiones son el residuo que dejan las otras explicaciones sobre los barcos. Además están confirmadas por documentos en que aparece Juan Fernández como piloto del San Cristóbal.

En julio de 1537, en una carta de poder, figura Juan Fernández como maestre del gal León San Cristóbal, y en septiembre del mis-

mo año, en una carta de poder, aparece con igual título. *hc*, Tomo I, págs. 42 y 49.

El señor Gabriel Alvarez O., en dos trabajos de algún mérito, aunque precipitados, titulados "Almagro y sus compañeros" e "Historia del Descubrimiento de Valparaíso", confunde al piloto en referencia con el descubridor de las islas, y lo hace llegar hasta Arica durante la expedición almagrista. Ambas cosas fueron comprobadas como erróneas por don José Toribio Medina en 1918 en su erudita obra "El piloto Juan Fernández".

En la misma obra, Medina supone que la causa por la cual Juan Fernández no zarpó a Chile fué una antigua desavenencia con Almagro. Nosotros creemos que pudo ser una fuerza mayor, el levantamiento indígena que también impidió a García de Alfaro venir por segunda vez.

que dice que Ruy Díaz cruzó la cordillera¹. Fernández del Pulgar anota que Ruy Díaz y Juan de Herrada "fueron por el mismo camino, y aunque hallaron los Andes con menos nieve, también murieron muchos indios y algunos españoles, y se socorrieron con la carne de los caballos que se helaron cuando pasó Almagro"².

Testimonio indirecto, aunque no menos valioso, es el de Antonio de Herrera que escribe, refiriéndose a la vuelta de Almagro al Perú: "y comenzando a caminar volvieron por otro camino, por no pasar los puertos nevados, y descubrieron el desierto de Atacama"³.

El cronista más autorizado, Cristóbal de Molina, afirma que Díaz, después de avanzar por la costa, "tomó la tierra adentro y fué a tomar el camino real a los Ulleacas [Aullagas], y siguiendo el rastro del campo del adelantado para el pueblo de Copiapó". Más adelante, al relatar la vuelta, escribe: "En este viaje y negra vuelta a la tierra del Cuzco murieron mucha cantidad de indios e indias, especialmente en el despoblado de Atacama, que entonces descubrió el Adelantado".

Resulta extraño que ante afirmaciones tan explícitas como las del sochantre Molina no reaccionaran los historiadores, y que ninguna duda se haya dejado ver en sus escritos. Fué aquí cuando comenzó nuestra sospecha, que hemos visto confirmada por los cronistas ya mencionados, y por varios documentos, que exponemos seguidamente, que no dejan la menor duda.

Existe una información de servicios de Alonso Moreno, soldado que vino con Ruy Díaz, en la que relata que muchos caballos, negros e indios, murieron helados y que los españoles "de las grandes nieves e fríos perdieron dedos de sus pies e otros murieron". Dice, además, que "volvieron no con menos trabajo que a la ida habían pasado, aunque por otro camino, que fué hacia la Mar del Sur, de gran falta de agua, por estar a quince leguas y a doce y a diez, y haber grandes arenales"⁴.

El soldado Juan Gallego que en una probanza de los servicios de Diego de Encinas dice haber venido a Chile con Ruy Díaz, en otra probanza de Francisco Hernández de los Palacios, declara que en el *paso de la cordillera* se le cayeron los dedos de los pies⁵.

El soldado Diégo de Pantoja declara en una información de servicios que volvió al Perú con Almagro por el camino de los desiertos de la costa "conquistando y pacificando muchas tierras e provincias, pasando muchos despoblados y ríos, y quedó *descubierto* desde el valle de Atacama hasta donde después se pobló la ciudad de Arequipa"⁶.

Finalmente anotaremos que el padre Víctor M. Barriga ha dado a conocer una probanza de Pedro de Las Casas que establece que este hombre vino con Ruy Díaz a Chile "y de camino conquistaron Arequipa y Charcas y Chichas y Topissa [Tupiza] y Tarija e Chiarana [Chicoana?]"⁷.

¹ "Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú", libro III, cap. II.

² "Historia general de las Indias Occidentales", década IX, libro III, cap. II.

³ "Historia general de los hechos de los castellanos", década VI, libro II, cap. I.

⁴ CDIM, Tomo VII.

⁵ CDIM, Tomo VII.

⁶ CDIM, Tomo VII.

⁷ DHA, Tomo II.

Las pruebas que hemos aducido, además de su claridad y solidez, concuerdan perfectamente. Rara vez se encuentra tal cantidad de testimonios acordes sobre un mismo punto¹.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

¹ La única objeción que puede hacerse a nuestra conclusión sobre el camino de Ruy Díaz es la declaración de Cristóbal Sánchez Badillo, quien en una información de servicios de Bartolomé Díaz, en 1561, declara que "vió que el dicho Bartolomé Díaz se halló en la jornada de Chile en la compañía de dicho capitán Ruy Díaz hasta Arica, e de allí se metieron el dicho Bartolomé Díaz y otros veinticinco soldados en un navío..." CDM, tomo XVIII, pág. 80. Esta prueba en contrario la rechazamos en sus detalles por ser muy posterior a los hechos,

cuando la memoria flaquea, y por provenir no de un testigo de vista, pues consta que Sánchez Badillo hizo el viaje junto a Almagro. CDM, tomo VII., págs. 238 y 266. De ser cierta la declaración, bien pudo haber sido que los veinticinco soldados siguieran por la costa por orden de Ruy Díaz con el propósito de que subieran al navío. La misma aseveración de ser Arica el punto de embarque podría ser un error de la memoria: bien pudo ser algún punto anterior.

Capítulo VIII

RECONOCIMIENTO DEL TERRITORIO

Poco antes de que llegara a Aconcagua la columna de Ruy Díaz, Almagro había despachado al sur al capitán Gómez de Alvarado con sólo setenta jinetes y veinte infantes para que explorase los territorios que se extendían en esa dirección, en un vano intento de aproximarse al Estrecho de Magallanes. Ahora que sus tropas habían sido engrosadas, le envió un refuerzo para que pudiese cumplir mejor su cometido¹.

En pleno invierno de 1536, Gómez de Alvarado avanzó por el valle central venciendo los mil obstáculos que la naturaleza rebelde parecía oponer a su marcha. Las lluvias intensas, los tremedales, la falta de alimentos y la crecida de los ríos, trajeron los sufrimientos y la decepción al ánimo de aquella hueste que veía escurrirse sus esperanzas cada vez que entraba en una nueva región.

Avanzaron hasta orillas del río Itata, más allá del cual parecía aumentar el rigor de la estación sin esperanzas de mejor suerte². En aquel

¹ Esta noticia consta de la probanza de servicios de Diego de Encinas, en la cual el testigo Juan de Gallegos, que viajó con Ruy Díaz, declara haber ido en un socorro que Almagro envió a Gómez de Alvarado. *CBM*, Tomo VII, pág. 207.

² Ya no puede haber la menor duda de que Alvarado llegó hasta el Itata, por constar esto en varios documentos publicados por Medina. Aun parece que cruzó aquel río y siguió más adelante.

Góngora Marmolejo dice explícitamente que llegó hasta el Itata y Mariño de Lobera parece decir que pasó más adelante de la confluencia del Itata con el Ñuble. Por falla del manuscrito en esta parte, no es posible afirmarlo categóricamente.

Seguramente el error de que Alvarado llegó nada más que al Maule, haya resultado del hecho probable que el refuerzo que envió Almagro llegara hasta ese río solamente, donde habría encontrado a Alvarado que

lugar, tuvieron el primer choque con la indómita raza que más tarde sería motivo de tantos quebrantos. Se libró, en aquella ocasión, una pequeña batalla, que el cronista Mariño de Lobera llama de Reinohuelén, en la que vencieron los españoles debido a la superioridad de sus armas y a su disciplina guerrera.

Después de aquel encuentro, Gómez de Alvarado consideró terminada su misión, que ya duraba cerca de dos meses, y dió la vuelta al valle de Aconcagua para llevar al Adelantado la confirmación de la pobreza del país.

Mientras tanto, Almagro había enviado otra columna hacia la cordillera para explorar algún paso que condujera a la otra banda; pero hubo de regresar ante el obstáculo insalvable que ofrecía la nevada muralla andina durante la época invernal.

Por su parte el mismo Almagro recorrió las regiones vecinas al valle de Aconcagua y llegó hasta la costa, donde encontró al Santiago. Ordenó hacerle algunas reparaciones y lo envió hacia el Sur para que ayudase por mar a la exploración de Gómez de Alvarado; pero fué inútil. El pésimo estado de la nave impidió que pasase poco más al Sur de Valparaíso.

Todos los reconocimientos confirmaron la ausencia de oro y ya no se pensó más que en dar la vuelta al Perú. Así lo hicieron sentir los soldados a Almagro, y éste, cediendo a sus razones, ordenó el regreso al valle de Copiapó.

Inmediatamente comenzaron los preparativos para la marcha. Se reunieron alimentos y se tomaron muchos indios que de buena o mala gana tendrían que acompañar a los expedicionarios transportándoles sus bastimentos¹.

Antes de partir, quiso Almagro, considerando su avanzada edad y los peligros a que se vería expuesto en la marcha, arreglar el asunto de su sucesión en la gobernación de Nueva Toledo. Hizo extender por tres escribanos el 27 de agosto, una escritura en la cual instituyó por sucesor a su hijo². Así dejaba regularizada la situación de aquel ser querido; pero, desgraciadamente, el destino habría de barrer con sus previsiones.

A mediados de septiembre de ese año de 1536, llegaba Almagro acompañado de treinta jinetes al valle de Copiapó, precediendo en algunos días a su columna.

ya vendría de vuelta. Nos ha sugerido ésta duda la declaración de Pedro de las Casas de la cual se desprende que llegó con Ruy Díaz a Aconcagua y participó en el refuerzo mandado por Almagro "hasta llegar al río de muchule de aquel cabo de Chile". DHA, Tomo II, pág. 221.

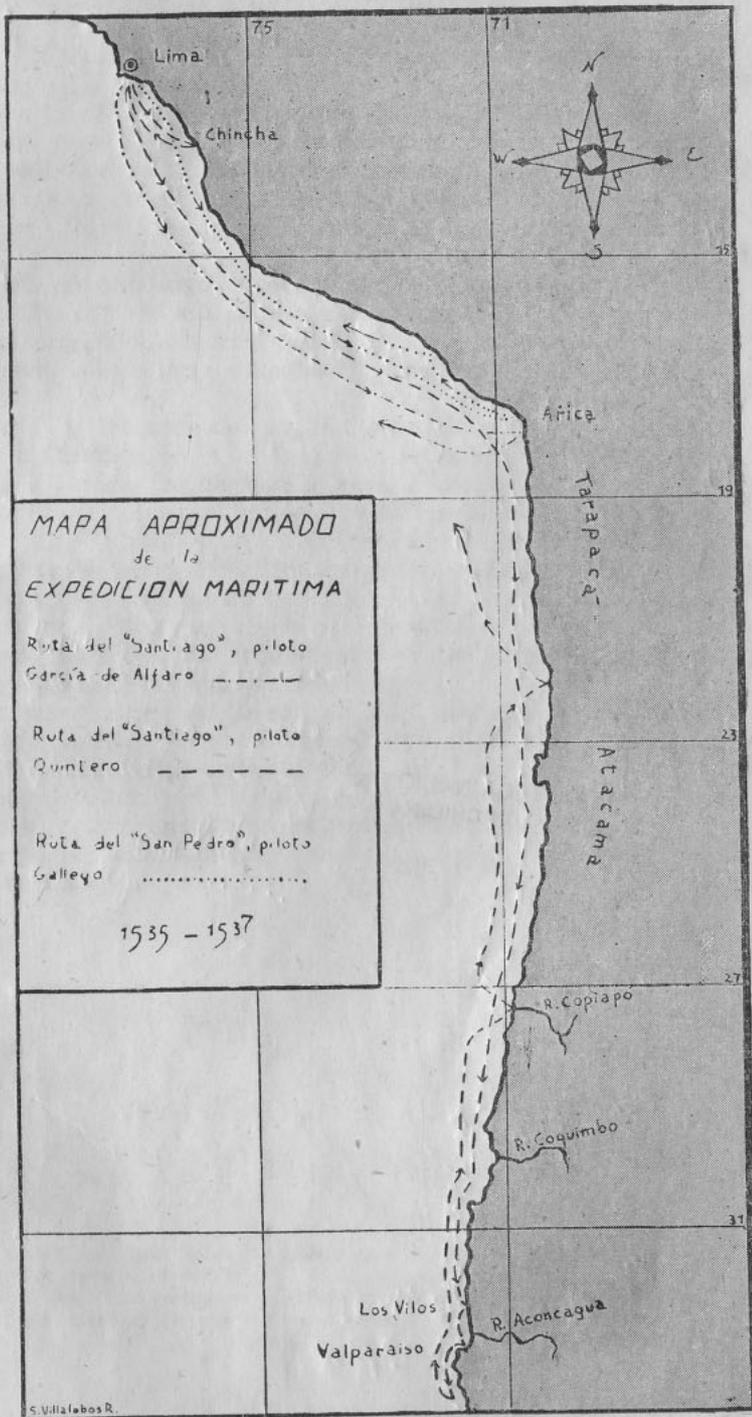
¹ Los historiadores han hablado con dramáticos acentos del encadenamiento en que habrían sido llevados los indios auxiliares durante la vuelta al Perú. Sólo cabe hacerse la reflexión de que si los españoles durante un tiempo estuvieron totalmente desprovistos de yanacónas al punto de tener que transportar ellos mismos su alimento, ¿habrían transportado también las cadenas que en esos

momentos les eran inútiles? ¿No es más lógico suponer que aquéllas fueron convertidas en herraduras?

No olvidemos que fué tal la escasez de herraduras que aun llegaron a fabricarlas de cobre.

² Aquella escritura es mencionada en el inventario de los bienes que se encontraron a Almagro después de su muerte. CDIM, Tomo V, pág. 228.

La fecha de este documento y la fecha de la carta de pago firmada en Coquimbo, que descubrió el historiador Porras Barrenechea, confirman plenamente la cronología que don Diego Barros Arana estableció en su "Historia General".



Allí le esperaban sus dos mejores capitanes, Rodrigo Ordóñez y Juan de Herrada, a quienes habíamos dejado en el Perú preparándose para venir a Chile.

Ordóñez, que había quedado en el Cuzco, reunió unos veinticinco españoles, fuera de los indios auxiliares y algunos negros, con los cuales partió, siguiendo la ruta de Almagro, a fines de 1535¹. Los padecimientos de esta compañía fueron peores que los que había tenido la columna de Almagro. Las hostilidades de los indios habían arreciado con motivo de la sublevación general y la cordillera presentaba mayores dificultades con la llegada del invierno. El mismo Ordóñez con el frío perdió las uñas y la piel de los dedos.

Juan de Herrada reunió algo menos de cien hombres en Lima, se dirigió con ellos al Cuzco y de allí salió a comienzos de 1536 no sin antes haber conseguido el original de la real cédula que otorgaba a Almagro la gobernación de Nueva Toledo, que acababa de traer de España Hernando Pizarro.

Los padecimientos y trabajos del capitán Herrada sobrepasaron a los de Almagro, Díaz y Ordóñez, pues el invierno había extremado su rigor cuando trasmontó los Andes. Según han afirmado los cronistas, los castellanos se veían obligados a alimentarse de los caballos helados que las otras expediciones habían dejado a su paso. Aún los soldados llegaban a disputarse, espada en mano, los sesos y las lenguas de aquellas bestias y "quien los comía pensaba que tenía mirrauste o manjar blanco u otro de más precioso e agradable sabor". Para guarecerse del azote del viento helado, en las noches formaban montones de cadáveres de caballos e indios, detrás de los cuales se cobijaban esperando un poco de bonanza.

Tanto Ordóñez como Herrada, fueron acogidos amistosamente por los indios de Copiapó, donde llegaron poco antes de que el Adelantado entrase de vuelta de su malhadada expedición al Sur.

Al recibir Almagro la real cédula de su gobernación y al saber de boca del propio Herrada el estado angustioso en que quedaban los españoles sitiados en el Cuzco por el levantamiento general de los naturales, confirmó sus propósitos de regresar al Perú.

¹ Los documentos carecen de datos sobre la cantidad de gente venida con Ordóñez y Herrada; pero gracias a los datos proporcionados por los cronistas Molina, Herrera

y Zárate, es posible calcular que con Ordóñez vinieron unos veinticinco hombres y con Herrada menos de cien, quizás entre ochenta y noventa.

Capítulo IX

POR EL CAMINO DE LOS DESIERTOS

Ahora se presentaba el problema de qué camino seguir para volver al Perú. El desierto se abría adelante con su estéril monotónía y sus días de calor y sol agobiador en contraposición con noches de frío intenso: al este la cordillera erguía desafiante sus trágicas cumbres llenas de macabros recuerdos.

Ante el dilema de los sufrimientos desconocidos y los horrores ya vividos en las fatídicas alturas, se decidieron por los primeros.

Viendo Almagro que la expedición había ya fracasado, quiso, en un rasgo de magnanimidad y desprendimiento, perdonar a sus soldados las deudas que habían contraído con él para proveerse cuando partieron del Cuzco. Uno a uno fué llamando a los deudores y en su presencia destruyó las escrituras.

Molestaban al alma generosa del Adelantado aquellos papeles que pesaban dolorosamente sobre el ánimo de sus hombres ¹.

¹ Don Francisco Antonio Encina rechaza terminantemente el asunto de los pagarés, basándose en que a la muerte de Almagro le hallaron papeles de este tipo contra sus soldados por un total de \$ 150.000; pero no ha considerado que aquéllas podrían ser deudas posteriores a la expedición a Chile, de la época de la guerra de las Salinas en que los soldados debieron volver a endeudarse con Almagro. Además, se equivoca en la cantidad, pues el total de las deudas es por \$ 82.758,5 y no la cifra anotada por

él, que es, según Oviedo, la que corresponde al monto de los pagarés destruidos en Chile.

El señor Encina da a entender que el único cronista que da noticia de la destrucción de los pagarés es Oviedo, y en eso se basa para criticar a los historiadores del siglo pasado; pero la verdad es que López de Gómara, el Inca Garcilaso de la Vega y Alonso Borregán, también han dado cuenta de aquel hecho. El último, cuya veracidad es indudable porque no se basó en otras crónicas, y porque recibió el testimonio directo de los

De inmediato el campamento se llenó de actividad con los preparativos del nuevo viaje. Se reunieron los alimentos que se pudo quitar a los indios, se fabricaron odres de cuero para transportar agua y se formó una buena tropilla de llamas para carga.

El dispositivo de marcha que adoptó Almagro para la travesía del desierto, fué curioso y muy apropiado a las circunstancias.

Ordenó que el capitán Francisco Noguero de Ulloa se embarcara con ochenta hombres en el Santiago y fuera a tocar tierra más al norte para proteger desde allí el avance de las demás fuerzas que podrían ser amagadas por los indios sublevados. El grueso de la columna partiría desde Copiapó en grupos de seis u ocho hombres, distanciados por un día de viaje para que no agotasen la poca agua de los manantiales o jagüeyes. El primero de aquéllos grupos iría provisto de palos y azadones para agrandar los jagüeyes y obtener el afloramiento de la mayor cantidad posible del precioso líquido.

Con todas aquellas prevenciones, comenzó a salir del valle de Copiapó la hueste castellana. El último en salir fué el propio Almagro; pero avanzando con la mayor rapidez que permitían los caballos, logró adelantarse y llegar de los primeros a Atacama, donde le esperaban Noguero de Ulloa y Ordóñez.

Allí se reunieron todos los grupos y, después de un descanso de dieciocho días, reiniciaron la marcha para cruzar el desierto de Tarapacá; pero antes Almagro despachó a Rodrigo Ordóñez con una gruesa partida de soldados para que desbaratase algunos indios de la región que andaban en son de guerra. Ordóñez, a pesar de su pericia, no pudo derrotarlos y hubo de retirarse con la pérdida de un hombre¹.

A las angustias del calor y la falta de agua, se añadieron ahora las hostilidades de los indios que obligaban a los soldados a llevar listas sus armas. En Tarapacá supo Almagro de boca de un indio que cayó prisionero, que los naturales de la costa vecina tenían en duro aprieto a la tripulación de un navío que había llegado hasta allí. Inmediatamente dispuso Almagro que Juan de Saavedra fuese con treinta hombres a socorrer a los del navío, que resultó ser el San Pedro. El socorro llegó a tiempo para impedir que los naturales incendiasen el barco, para cuyo objeto habían construido muchas balsas.

El San Pedro fué provisto del agua y bastimentos que le faltaban y dió la vela al Perú, como se explicó en un capítulo anterior².

descubridores de Chile, anota: "quexabase la gente [a Almagro] por las deudas que le devían que no tendría con que le pagar yeguas caballos armas que les avia dado visto por el adelantado lo que dezian quemo todas las obligaciones y escripturas que contra ellos tenia".

¹ Este incidente, que figura en la información de los servicios de Francisco de Aguirre, hasta hoy ha escapado a la pluma de los historiadores. CDM, Tomo X.

² Los barcos de la expedición almagrista al regresar al Perú cayeron en manos de Pi-

zarro, quedando Almagro sin ninguno. Es sabido que por esta causa el Adelantado no pudo comunicarse con el rey.

En el índice impreso de la biblioteca Huntington de California, Estados Unidos, figura el siguiente resumen de un documento de 11 de octubre de 1537, que copiaremos por ser desconocido entre nosotros. "Don Alonso Enríquez de Guzmán, don Juan de Guzmán of the Treasury, the alcalde Diego Núñez de Mercado, the Treasurer Manuel de Espinar, the Inspector Juan de Turnegano, and the priest Bartolomé de Segovia, as officials

55
A principios de 1537, los descubridores de Chile llegaron al sur del Perú, después de haber sufrido la pérdida de Francisco Valdés, hijo del cronista Oviedo, que murió ahogado al cruzar un río cerca de Arequipa.

Había terminado la trágica epopeya del descubrimiento de Chile. Tras la huella de los expedicionarios sólo quedaban los denuestos contra la mezquindad del país y las miserias sufridas en la empresa.

¡Cuántas esperanzas muertas debían pesar sobre el espíritu de aquellos hombres que un día salieran locos de entusiasmo en busca de una tierra generosa! Pero así era la conquista: a veces pródiga, otras cruel y esquiva.

Ellos, que habían recorrido las más diversas latitudes, los caminos más extraviados, los climas más inhóspitos, los paisajes más estériles, que habían soportado todas las penurias sin desmayar y que sin temor se habían expuesto a los más grandes peligros, allí iban más pobres que el primer día, sin tener nada que perder, como no fuera la miserable vida.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

of His Majesty, and in the name of Don Diego de Almagro, Governor of the Kingdom of New Toledo, inform Francisco Pizarro, Governor of Peru, that Almagro is bringing a quantity of gold and silver for the Empe-

ror from Cuzco to Chíncha, for transmission to Spain; and request Francisco Pizarro to send some of the best ships which he has lying off Lima, to Santgallon to enable Almagro to transport the treasure".

Bibliografía

COLECCIONES DOCUMENTALES

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS INÉDITOS PARA LA HISTORIA DE CHILE. Tomos IV, V, VI, VII, (Almagro y sus compañeros), y X.

COLECCIÓN DE HISTORIADORES DE CHILE Y DE DOCUMENTOS RELATIVOS A LA HISTORIA NACIONAL. Tomos II, VI, XXVII y XXIX.

DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE AREQUIPA. Tomos I y II. (Publicados por Víctor M. Barriga).

HARKNESS COLLECTION IN THE LIBRARY OF CONGRESS. Tomo I. (Calendar), y II (Documents).

LIBROS DE CABILDOS DE LIMA. Tomo I. (Publicado por Bertram T. Lee).

FROM PANAMÁ TO PERU. Índice de la Huntigton Library.

LOS MERCEDARIOS EN EL PERÚ, de Víctor M. Barriga.

CRONISTAS

CRISTÓBAL DE MOLINA. "Conquista y población del Perú". "Colección de documen-

tos inéditos para la historia de Chile". Tomo VII. Santiago, 1895.

ALONSO DE GÓNGORA MARMOLEJO. "Historia de Chile". "Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional". Tomo II.

PEDRO MARIÑO DE LOBERA. "Crónica del reino de Chile". "Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional". Tomo VI.

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO. "Historia general y natural de las Indias". Madrid, 1851-1855.

ANTONIO DE HERRERA. "Historia general de los hechos de los castellanos". Madrid, 1730.

ALONSO BORREGÁN. "Crónica de la conquista del Perú". Sevilla, 1948.

FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA. "Historia general de las Indias". Madrid, 1922.

INCA GARCILASO DE LA VEGA. "Comentarios reales". "Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional". Tomo XXIX.

Indice

PROLOGO.—DOS ESTUDIOS SOBRE DIEGO DE ALMAGRO, POR GUILLERMO FELIU CRUZ	III
---	-----

DOS PALABRAS	1
------------------------	---

DON DIEGO DE ALMAGRO Y EL DESCUBRIMIENTO DEL PERU

Por

Rolando Mellafe

Prólogo. Propósitos, Plan, Fuentes	7
Capítulo I. Empresas de indios o cabalgadas	15
Capítulo II. "Vete e ayúdete Dios a tu ventura"	22
Capítulo III. "Por sierras e montes e asperisimos caminos e pasando mu- chos ríos"	27
Capítulo IV. "Aparejos de pez, estopa y jarcias, e velas, e clavazon e an- clas, e clavos para dichos navios"	38
Capítulo V. "Ciertos descubrimientos hacia la parte del Levante" El Birú y el Pirú	41
Capítulo VI. "Y volvieron atrás al paraje de aquella tierra caliente" . . .	46
Capítulo VII. "Les tomé la fortaleza y-palенque que tenían . . . me hi- cieron de muchas heridas e quebrado un ojo"	51

Capítulo VIII. Entre dos expediciones: "Veintemil pesos en barras de oro y de a cuatrocientos cincuenta maravedis el peso"	55
Capítulo IX. "Iban por tierra muy llana y de muchas poblaciones". Primera imagen del Perú	60
Capítulo X. "Muriéndose de pura hambre cada semana tres, cuatro"	
Las noticias de la Isla del Gallo en Panamá	70
Capítulo XI. Término feliz de la tercera expedición	78
Capítulo XII. Las Capitulaciones de Toledo señalan personajes	83
Capítulo XIII. Almagro, el hombre indispensable	93
Bibliografía	99

ALMAGRO Y EL DESCUBRIMIENTO DE CHILE

Por

Sergio Villalobos R.

Introducción. Medina y la renovación de la historiografía chilena	105
Capítulo I. Antecedentes	112
Capítulo II. Don Diego de Almagro	117
Capítulo III. Preparativos en el Cuzco	122
Capítulo IV. Por los caminos del Altiplano	126
Capítulo V. El paso de los Andes	131
Capítulo VI. De Copiapó a Aconcagua	134
Capítulo VII. Ruy Díaz y la expedición marítima	137
Capítulo VIII. Reconocimiento del territorio	143
Capítulo IX. Por el camino de los desiertos	146
Bibliografía	149

MAPAS

Primera expedición. 1524-1525	64
Segunda expedición. 1526	64
Segunda expedición. 1527	64
Tercera expedición. 1527-1528	64
Viaje del Cuzco a Copiapó. 1535-1536	128
Mapa aproximado de la expedición marítima. 1535-1537	144
INDICE	153

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA